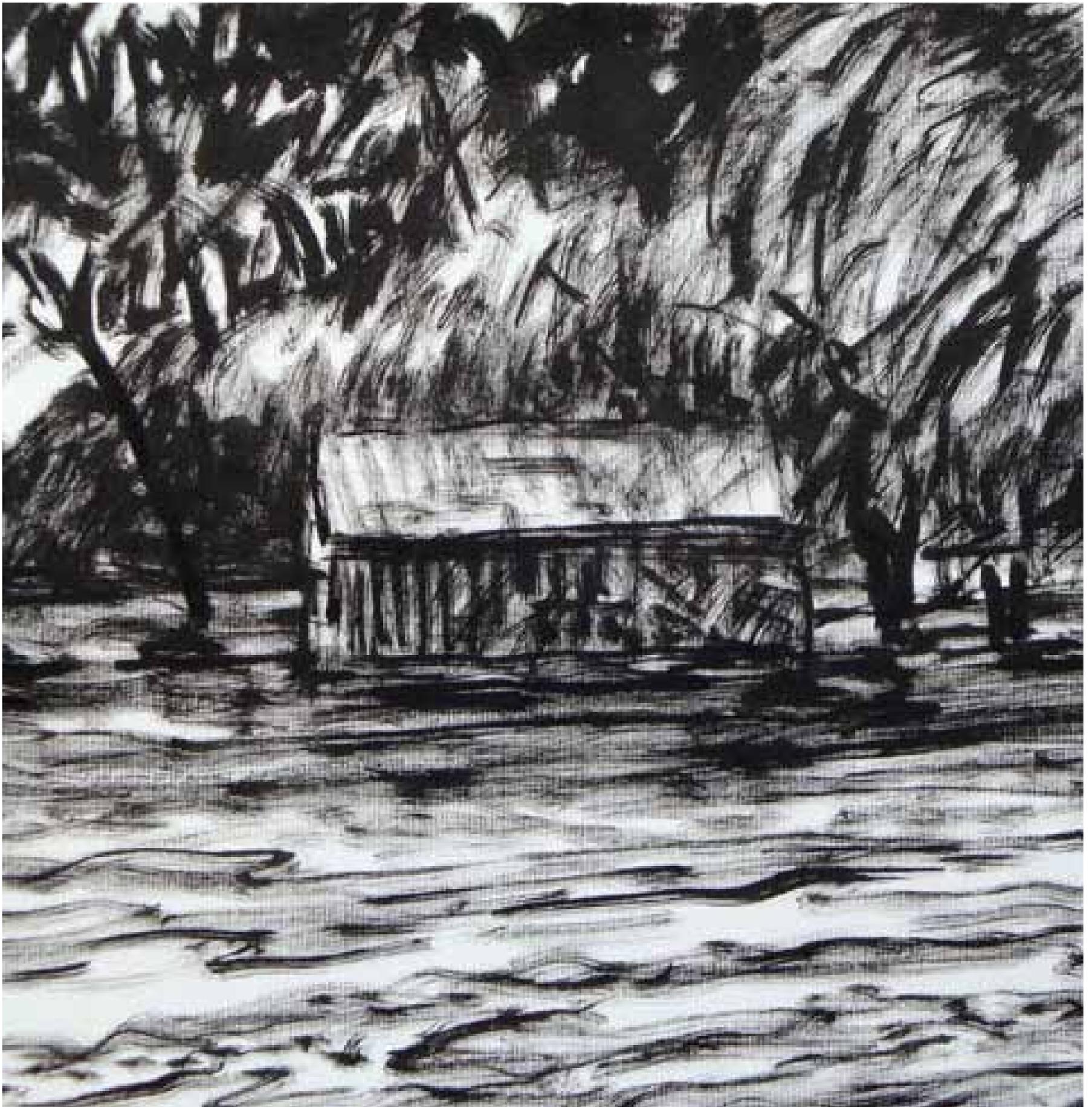


—*Transatlántico.*

≈ **Objetivo general:** Sentar las bases para la construcción de un corredor cultural entre Asunción del Paraguay y Buenos Aires, siguiendo la línea de los ríos Paraguay, Paraná y de la Plata. ≈ **Objetivo específico 1:** Hacer el recorrido entre Buenos Aires y Asunción del Paraguay por vía fluvial en un barco de pasajeros con suficientes comodidades como para hacer a bordo actividades artísticas y de investigación. [...] ≈ **Objetivo específico 3:** Reflexionar sobre el territorio y su gente, interactuar con referentes e instituciones locales y registrar de primera mano las historias y vivencias regionales, reconociendo el agua como elemento vivo y transformador. [...] ≈ **Objetivo específico 5:** Poner en activo contacto actores de diferentes orígenes y disciplinas que transcurren por separado, en el marco de una experiencia espacio temporal inusual. [...] ≈ **Objetivo específico 7:** Dar a conocer la experiencia de la Expedición Fluvial Paraná Ra'anga a la mayor cantidad de público posible, a través de medios de comunicación.



era invariable mañana tras mañana,

≈ Un experimento con el río.

Un barco remonta el Paraná desde su desembocadura en el Plata hasta la confluencia con el Paraguay, y luego sigue Paraguay arriba hasta Asunción. Hay que estar en cubierta, con una cámara, para esperar el momento en que esa enorme masa de agua, que arremete desde las entrañas del continente y que acaba deshaciéndose en un mar de agua dulce, y antes se desgarran en un complejo entramado de islas y de riachos, se haga visible: una línea rojiza, barroca, en el mapa quimérico de la experiencia.

Mariano Llinás

Desde siempre me han ocupado los mapas. Desde que tengo memoria, desde mis más remotos recuerdos infantiles me encuentro rodeado de ellos, examinándolos, ejecutando una y otra vez el ejercicio ritual de recorrerlos e imaginarlos. En vano los profesores de geografía me proponían arduos ejercicios de isotermas y afanosas enumeraciones; en vano mis padres me regalaban complejas enciclopedias ilustradas, populosas en fotografías y en gráficos. Ninguno de esos elementos anexos me cautivaba, en ninguno de ellos había para el extraño niño que era yo elemento alguno de fascinación o interés. Una y otra vez volvía a los mapas; volvía a los mapas como si fueran libros de cuentos. ¿Por qué? ¿Qué me hacía acudir una y otra vez a aquellos rígidos dibujos, y dejarme llevar una tarde tras otra por el vértigo de sus líneas y de sus nombres? ¿Qué había en ellos? ¿Qué intuía yo en ellos? Comprendo ahora (sospecho ahora) que eran para mí un particular terreno de juego, casi como un código secreto, como esos cándidos pasatiempos en los que uniendo una línea de puntos acaba por entreverse la figura de un animal o de un objeto. Había formas, formas nítidas y claras (no existían aún los groseros mapas con relieve con los que nos castigan desde hace un tiempo las editoriales): colores, líneas y pequeñas figuras. Un mínimo triángulo aislado en medio de un desierto era el Kilimanjaro, una línea azul que atravesaba Europa de norte a sur era el Danubio. El África, el África virulenta y salvaje, era un ordenado tablero, hecho de cuadrados de colores. No era un laberinto (ya demasiado borgeano me está saliendo este texto para empezar a meter laberintos); era una alegoría, un tótem, un símbolo tan contundente y tan claro que hasta un niño podía entenderlo: en aquellas figuras diáfanas, en aquellos mares azules y en aquella nítida sucesión de fronteras estaba cifrado el mundo.

Stevenson, en uno de sus últimos poemas elegíacos en los que melancólicamente se despide del viaje y de la aventura, escribe

y el orden que aparece en el papel se vuelve ilusoria y falsa ante la abrumadora irrupción de lo real. El viajero educado en los mapas piensa el mundo como un concepto, como un cosmos sucesivo y lógico. El universo descrece de esa síntesis, la deshace y se burla de ella. El Sahara no existe, existe una sucesión confusa de cerros de arenisca, de salitrales, de caminos polvorientos, de poblaciones tumultuosas y caóticas. El Amazonas no existe, existe una serie de riachos, de afluentes, de brazos laterales que en conjunto son el Amazonas pero nunca se llaman Amazonas. La pampa no existe, no existe el "vértigo horizontal" ni la llanura que se extiende hasta el infinito. Existe una letanía de pueblos idénticos, de montecitos y de silos que deshacen la línea del horizonte, una inconexa acumulación de gomerías, de anuncios publicitarios, de torres de alta tensión, de estaciones de peaje. Lo que el mapa propone como cierto, inexcusablemente se vuelve indócil. Las ciudades se deshacen lentamente en suburbios, y acaban por confundirse unas con otras como los hilos de colores en un telar. Los grandes picos del mundo son indistinguibles de las otras montañas anónimas y plebeyas que las rodean. Los grandes ríos, los ríos sobre los que se han compuesto centenares de canciones, se nos presentan como zanjones desfallecientes o como obscenas lagunas. Allí está el problema: pocas veces las imágenes del mundo son tan elocuentes como en los mapas. El mundo (o al menos esa cosa ideal en la que pensamos cuando decimos "el mundo") se deja ver más en los mapas que en el mundo mismo.

La idea, claro está, no es nueva, y libreme Dios de que estas notas un tanto infantiles caigan bajo el ojo de algún filósofo o aprendiz de filósofo, para quienes los debates en torno de la representación son cosa seria. En su ensayo "El pudor de la historia" el propio Borges se hace cargo de la misma cuestión, relacionada no ya con el espacio sino con el tiempo. La Historia, opina Borges, es huidiza, es elusiva e inaprehensible y los hechos que



Foto: Pere Joan

"(...) when the lamp is lit/ and by the laughing fire I sit/ still, with the tattered atlas spread/ interminable roads I tread", "(...) con la lámpara encendida, junto al fuego que ríe, en el deshilachado atlas sigo recorriendo caminos interminables". Ese atlas persistente y último de Stevenson era también el mío, sólo que yo no había viajado. Los mapas eran apenas promesas. Sólo cuando realmente empecé a viajar comprendí la paradoja: los mapas y los viajes están fatalmente disociados, y la claridad

secretamente la hacen avanzar se mantienen invisibles, se esconden entre la tumultuosa multitud de los días y de los años. Pocas veces sentimos la Historia, pocas veces sentimos la Geografía, pocas veces sentimos que los lugares son los lugares que hemos imaginado, pocas veces los mapas acontecen en el espacio, aunque más no sea como meros hechos psicológicos. Sin embargo, para quien viaja esa confrontación es inevitable, y no hay viajero (sentencio yo, hablando —lo comprendo

idéntico a sí mismo...



ahora— exclusivamente de mí mismo) que no lleve consigo la ilusión de que el lugar visitado se le revele en toda su contundencia y su autoridad, de que se le aparezca como un rey viejo y cansado y mirándolo a los ojos, le diga: “Bienvenido, peregrino. ¿Me buscabas? Aquí estoy. Este soy yo”. Como una jovencita enamorada de una estrella de cine, que después de sortear mil vericuetos consigue plantarse enfrente del objeto de sus desvelos, y una vez allí lo mira incrédula, lo mira con una insistencia que de lejos parece fascinación pero que no lo es, y que por dentro espera que algo, algún gesto, alguna mínima inflexión de la voz de ese desconocido que desde hace años ocupa cada una de sus noches.

Ese fue, entonces, mi experimento. Un barco remontaría el río Paraná desde su desembocadura en el Plata hasta la confluencia con el Paraguay, y luego seguiría Paraguay arriba hasta Asunción. OK: allí estaría yo con una cámara para atraparlo, para esperar el momento en que ese veleidoso río platónico (por una vez, un río es platónico y no heraclítico) se hiciera visible. El objetivo: descifrar el momento en que el río y el mapa fuesen la misma cosa. ¿Es posible filmar un río? ¿Y filmar un mapa, filmarlo como si fuese el guión de una ficción, y el río un actor medio bagual e indomable, un actor que hace lo que quiere, un actor desobediente que desprecia cualquier previsión y cualquier marca y simplemente sigue su curso, ajeno a todo, convencido de que su verdad y su brillo son independientes de todo, como Marlon Brando? ¿Es posible filmar el Paraná? El Paraná, ¿está realmente allí? ¿El Paraná existe? La enorme masa de agua que arremete desde las entrañas del continente, y que acaba deshaciéndose en un mar de agua dulce, y antes se desgarran en un complejo entramado de islas y de riachos que lentamente van dejando atrás la civilización y al hombre, y que antes corre partido en dos, rodeado de fábricas e industrias y surcado aún por grandes

bre de América. ¿Se puede filmar eso? ¿Hay imágenes para eso?

El método de trabajo fue simple y austero, casi decimonónico. Se eligió un único punto de cámara, en la proa del barco, y se fijó allí el trípode, de forma tal de no sucumbir a la tentación de amaneceres vistosos ni de arrebatos pintorescos del paisaje. Había que filmar siempre lo mismo; era allí, en esas sutiles variaciones a partir de una forma fija, en donde se jugaba la suerte de nuestro trabajo. Debía ser el río, y no uno, quien ejecutara el relato, quien fuera cambiando y creciendo. Durante veinticinco días registramos minuciosamente cada amanecer y cada puesta de sol, sin cortar, en algunos casos durante horas. A esa monotonía extrema se unía la exasperante lentitud del barco en cuestión, que hacía que el propio movimiento fuese imperceptible. En muchos casos, la insistencia en el experimento se pareció a un acto de fe: el río era invariable mañana tras mañana, idéntico a sí mismo, ofreciendo con el correr de los días una eterna repetición de la misma fotografía: un cuadro partido en tres, como una bandera africana: arriba una franja de azul impoluto, al medio una segunda franja verde, que por estar hecha de plantas no era menos uniforme que el cielo, abajo, una franja final de agua, opaca y parduzca. Eso a lo largo de leguas y leguas, a lo largo de horas y horas de película. ¿Y para qué? ¿Hay algo en todo ello? ¿Funcionó en alguna medida el famoso experimento? Imposible saberlo aún, sin haberse enfrentado a las más de cuarenta horas de monodía fluvial, sin haberse sumergido en esas imágenes con el tiempo y el ánimo necesarios para volver a ellas. No hay experimento aún; no se sabe. Con todo, puedo recordar al menos dos momentos en los que esa utopía inicial, la Geografía, se convirtió en una experiencia real, en la que se mostró ante mis ojos como si fuera un cuadro o una representación teatral. Esos momentos no están en las imágenes que filmé; los escribo aquí para que al

de sus aguas. Desde un principio, ese cruce fue, para los tripulantes, para los geógrafos a bordo, para cualquier persona del río que cruzáramos en nuestro camino, el momento central de la travesía, el obstáculo esencial en un curso que, hasta ese momento, más allá de algunas tormentas aisladas, había sido pacífico. Días antes de cruzar el Bermejo, todos a bordo estaban ansiosos y expectantes, y el propio capitán había anunciado que no lo cruzaríamos de noche. Que, llegado el caso, esperaríamos, sin importar los retrasos ni las demoras. Y si bien cuando lo cruzamos el resultado fue otra vez decepcionante (apenas una lengua de agua a lo lejos, sin imponencia alguna, un riacho más de los miles que habíamos encontrado en nuestro trayecto aguas arriba, apenas un vaivén en el paisaje que pocos, de no haberlo esperado, hubiéramos notado) lo cierto es que ese punto del camino se volvió infernal. Si el motor del barco hasta ese momento había avanzado con una lentitud exasperante pero en una marcha cierta y evidente, diez o veinte kilómetros antes de ver el Bermejo ese avance se volvió imposible. El motor seguía andando, el humo y el ruido de las máquinas se hacían notar como nunca, pero el barco estaba quieto. Los pocos animales que aparecían en aquellos páramos, desde la tierra nos aventajaban fácilmente. Los pasajeros miraban incrédulos y los marineros nerviosos. “Es el Bermejo”, decían. “El Bermejo es así”. Los expedicionarios, que esperábamos desde las seis de la mañana, debimos resignarnos a que el suceso no ocurriera hasta la última hora de la tarde, y a que

mapa se volvía real, en donde el río Bermejo dejaba de ser una mera conjetura, y, de una vez por todas, se hacía presente.

La segunda anécdota es menos esotérica, menos misteriosa, menos deudora de Conrad que de una film de John Ford. A lo largo de todos nuestros amaneceres a bordo del barco, en cuanto el sol aparecía en el horizonte, asistíamos una y otra vez a la misma ceremonia. Un marinero llegaba junto al mástil y, en silencio, izaba las dos banderas, la argentina y la paraguaya. La bandera de origen de la embarcación y la bandera del país en tránsito. Era un ritual conmovedor, de una solemnidad austera y sutil. Pero un día llegamos a la famosa Confluencia: el Paraná se divide en dos haciendo una gigantesca curva que lleva hacia Misiones y al Brasil, y recibiendo hacia el este las aguas del río Paraguay. Ya era de día cuando el barco tomó este último curso. El marinero no había aparecido aún, pero cuando ya estábamos navegando el Paraguay, cuando a estribor recorríamos los esteros bajos y pantanosos del Ñeembucú, lo vimos aparecer silencioso, desde la popa, portando su bandera. Una sola. La paraguaya. En silencio, sin subrayados, repitió el ritual. Cuando hubo terminado se detuvo, por primera vez, a contemplar por unos segundos imperceptibles su bandera, que flameaba solitaria en el mismo lugar que desde hacía días ocupaba la otra. Ahí, como permitiéndose un pequeño *sapucay* en medio de tanta sobriedad, el barco hizo sonar su bocina tres veces. Luis, el marinero con el que habíamos trabado amistad a lo largo de tantos

El autor nació en Buenos Aires en 1975. Es director y productor cinematográfico. Dirigió *Balnearios* (2002) e *Historias extraordinarias* (2008), por la que recibió el Premio Especial del Jurado y el Premio del Público en el Festival de Cine Independiente de Buenos Aires.



Foto: Laura Glusman



Foto: Facundo de Zuñiga

buques de ultramar, y antes es simplemente el gran río que baña una de las regiones más fértiles de la Tierra, el gran río que obsesionaba a Sarmiento, y que avanza entre campos cultivados, y ganados y cuchillas por casi mil kilómetros hasta que de a poco le empiezan a ganar el monte y el pantano, y se vuelve chato y se despuebla, y que antes ya se llama Alto Paraná, y que a esa altura ya es otro, porque es más que nada la selva y el trópico y esa cosa oscura que no sin un poco de pudor pensamos con el nom-

menos, de un modo o de otro, existan.

El primer momento fue el cruce del Bermejo, el río que desemboca en el Paraná separando el Chaco de la extrema Formosa y que baja después de atravesar todo lo ancho de la Argentina, trayendo a su paso la tierra, los troncos y los desechos naturales que encuentra a su paso, en algunos casos, incluso, desde los Andes. El mítico Bermejo, a cuyo color y a cuyo nombre le debe el Paraná el color rojizo y barroso

nuestro día transcurriera frente a un paisaje invariable, a la misma postal durante horas, a la espera de un recodo que parecía no llegar nunca. Y cuando finalmente lo pasamos, cuando nuestro gran Dios mítico se reveló como un mero afluente pálido y lejano, fue que comprendimos que no era en esa desvaída imagen en donde debíamos buscar nuestro asombro. Era en ese río previo e invisible, ese monstruo fantasmal que nos había detenido a su antojo durante un día entero, en donde el

días de travesía, se acercó, y me dijo en voz baja, con toda la melancolía de este mundo: “Bienvenido a mi tierra, Mariano”. Miró un segundo el paisaje y se fue a trabajar. Pero yo había aprendido para siempre algo. Habíamos cambiado de un país a otro, estábamos en el Paraguay, y ningún mapa era capaz de mostrar eso con tanta claridad como esa sencilla escena, protagonizada por dos marineros emocionados, apenas, por estar un poco más cerca de sus cosas queridas.

causas simultáneas actuando en largos



≈ **Una fuente de fósiles y controversias.** Aguas arriba, sin viento y sin corrientes, el Crucero Paraguay ofreció en su travesía un punto de alto privilegio para cualquier naturalista: navegar a velocidad cero, en un barco inmóvil, para poder observar en sus remotos detalles las grandes barrancas, el corte natural de capas geológicas que revela el profundo pasado americano.

Susana V. García e Irina Podgorny

Para Alcide d'Orbigny el Crucero Paraguay habría representado el triunfo de sus deseos. Este viajero francés, uno de los tantos encandilados por las barrancas del Paraná, soñaba con lo imposible: un barco y un río inmóviles, sin vientos, sin corrientes, una plataforma donde pudiera sentarse o caminar a voluntad para observar y dibujar los colores, las formas y las sutilezas de unas barrancas tan impresionantes como desconocidas. Para quien supiera mirarlas, las barrancas del río Paraná revelaban los secretos de los tiempos profundos americanos; sin embargo parecían poco dispuestas a dejarse estudiar: d'Orbigny, a bordo de una goleta, las pudo observar de cerca sólo cuando soplaba el viento norte. El "semi-Pampero" del sur, por el contrario, enfurecía al naturalista: lo alejaba de las capas geológicas y le demostraba, una vez más, que la observación de la naturaleza dependía de factores ajenos a sus ansias.

La expedición Paraná Rangá, navegando con una potencia anulada por las del agua y el viento, logró, muchos años más tarde, el sueño de d'Orbigny: la velocidad cero, donde

los motores, no avanzaba lo suficiente para cumplir con su programa, también terminaría exasperándolo. Naturalista viajero del Museo de Historia Natural de París, para recibir los giros de dinero francés debía demostrar que el viaje continuaba y que generaba nuevos datos, nuevas observaciones y novedosas colecciones de fósiles, plantas, rocas y dibujos. Así como el viaje debía moverse en alguna dirección, los resultados —expresados en cartas, cajas, pedidos de más dinero— debían salir en dirección contraria para seguir alimentando y justificando sus gastos. Entre esos resultados, se contaron las observaciones geológicas de las barrancas del Paraná.

En el curso inferior hasta Santa Fe aparecen barrancas en la costa occidental, mientras que entre Paraná y Corrientes la margen oriental se destaca por sus barrancas de varios metros de altura, un escenario naturalmente propicio para las observaciones geológicas y paleontológicas. A lo largo del siglo XIX las barrancas del Paraná y sus principales afluentes constituyeron un espa-

la humanidad comparable en todo el globo. Una secuencia universal del pasado de la Tierra debía basarse en el estudio minucioso de las especificidades locales y su adecuación a un esquema que negociara entre lo peculiar de una región, el pretendido carácter unitario de la naturaleza y un método de observación. Los practicantes de esta nueva disciplina llamada geología aprendieron a ordenar los estratos de la Tierra según la composición mineralógica y los fósiles contenidos en ellos y a correlacionarlos según semejanzas halladas en puntos remotos del planeta. Moluscos, vertebrados y plantas fósiles proveerían el medio para poder establecer las correlaciones entre los estratos a nivel global e interpretar la sucesión de acontecimientos que habían modelado la estructura de la Tierra. Los viajes emprendidos posibilitaron una comparación más exacta de los distintos terrenos de ambos hemisferios, haciendo pensar que podían reconocerse leyes generales en la estructura del globo y la superposición de las rocas. Se trataba de una posibilidad que se iba armando sobre las relaciones



Foto: Facundo de Zuñiga

todo sigue en movimiento, salvo el barco y los observadores de a bordo. El problema de la observación desde los barcos constituye un tópico de muchas expediciones, donde el objeto a observar parecería aferrado a su sustrato natural, negándose a ser registrado. Paradójicamente, la geología sudamericana se estructuró con los datos de estos observadores de paso y en movimiento, que fijaron esos puntos donde los estratos podían "verse".

D'Orbigny, seguramente, habría agradecido esta situación de viaje. Por lo menos por un rato, porque este crucero que, a pesar de

cio de observación y una fuente de fósiles, pero también de controversias sobre el origen y la edad de sus capas. Las pampas, esa enorme llanura donde los ojos de los viajeros no encontraban descanso, habrían resultado categóricamente opacas para el geólogo sin los riachos y el curso del Paraná. Sin embargo, las barrancas, como "cortes naturales" donde mirar el pasado remoto, aceptaban múltiples lecturas.

La geología y la paleontología surgieron en el siglo XIX como disciplinas de carácter esencialmente internacional, presuponiendo un desarrollo histórico de la naturaleza y de

entre las cosas según las observaciones realizadas en el terreno. Sin embargo, las pampas y las barrancas del Paraná demuestran que los ojos no veían sin ayuda y que los objetos científicos distan mucho de constituir una entidad estable.

Entre los primeros esfuerzos por dilucidar la historia geológica de las Provincias del Plata se destacan los trabajos de Charles Darwin y d'Orbigny. El recorrido de Darwin por las planicies del Plata y Patagonia entre 1832 y 1833 coincidió, en parte, con los lugares visitados cinco años antes por d'Orbigny. Los trabajos geológicos de Darwin y d'Orbigny

períodos de tiempo...

muestran la polémica interpretación de las formaciones terciarias sudamericanas y la discusión sobre las causas actuantes en el modelado de la corteza terrestre. El cuadro de las formaciones geológicas sudamericanas, dada la escala del escenario a observar, no se frenó por los escasos datos y sitios examinados; las abstracciones llegaron, en cambio, a su máxima expresión. El tópico humboldtiano sobre la inmensidad de los espacios sudamericanos y el carácter ejemplar de los mismos para el estudio de los fenómenos geológicos en general reaparecería en los jóvenes viajeros que pretendían emular su huella. En los viajes de Darwin y d'Orbigny los puntos de observación se consolidaron principalmente de manera costera: las barrancas del Paraná a la altura de Santa Fe-Bajada, en Corrientes y en la costa atlántica, allí donde las costas escarpadas volvían a dar "un corte natural", a veces de más de cien metros desde el nivel del mar. Eso conduce a la cuestión de la tecnología de transporte imprescindible para llegar a los puntos donde el fenómeno puede "verse" y para detenerse a tomar muestras y mediciones. Para ello sería necesario movilizarse en piraguas, canoas o comprar una embarcación y recorrer la zona con prácticos o guías locales conocedores de los nombres y los sitios donde afloraban los grandes huesos, la evidencia más clara de un momento geológico sepultado. Asimismo, los viajeros de Londres y París recurrían a testimonios relatados, muestras recolectadas e informes confeccionados con otros fines, obtenidos a través de la sociabilidad de los comerciantes, agentes diplomáticos y extranjeros radicados en estas costas. La extensión del terreno y la necesidad de continuar el viaje hacían de este recurso la única posibilidad para recopilar información

la historia geológica, con sus tiempos larguísimo, demostraba, en cambio, conexiones insospechadas. Sin embargo, los ojos aceptaban ver cosas distintas según la tradición científica en la que se enrolaban y la confianza dada al trabajo de los otros. Darwin y d'Orbigny compitieron por la prioridad en la descripción de los depósitos geológicos, y las causas y origen de las distintas formaciones o terrenos sudamericanos. La geología y los fósiles de las barrancas del Paraná se ataron por muchos años más a estos debates que, por entonces, sólo estaban comenzando.

Años más tarde, el arquitecto e ingeniero de minas francés Auguste Bravard, proveedor de fósiles de los museos europeos y, desde 1858, Inspector de Minas de la Confederación Argentina, haría conocer el fecundo país a través de la venta de las colecciones de mamíferos fósiles de los terrenos pampeanos. Bravard describiría los depósitos marinos de la Confederación en sus obras, como la "Monografía de los Terrenos Marinos Terciarios, de las cercanías del Paraná", publicada en *El Nacional Argentino* un mes después de haber fijado residencia en Paraná. En Bravard convivía un lenguaje propio de la tradición de George Cuvier con otro procedente de la geología de Charles Lyell y de la aplicada por Darwin en sus "Observaciones en América del Sur".

En las observaciones de Darwin, adoptadas por Bravard, se hablaba de causas simultáneas actuando en largos períodos de tiempo en espacios tan enormes como la extensión correspondiente a las partes meridionales de la América del Sur. Darwin había definido una Gran Formación Patagónica y la había referido a los terrenos terciarios de Europa. Darwin, en base a seis conchas fósiles

rica actual estuvo sepultada bajo las aguas.

En las barrancas del río, Bravard testimonió la presencia de dos géneros de mamíferos terrestres, llamados *Anoplotherium* y *Palaeotherium*, dos formas características de la fauna fósil de las colinas de Montmartre. El supuesto hallazgo de estos géneros descritos por Cuvier permitían una serie de comparaciones geológicas. La popularización de las imágenes de los animales del pasado remoto habían consagrado precisamente a estas dos bestias, pastando en manada pacíficamente por los campos, como el icono del paisaje parisino del eoceno. Gracias al hallazgo de esta fauna, no era imposible pensar en las similitudes entre París y Paraná en los oscuros rincones del tiempo, iluminados por los trabajos de un antiguo protegido del laboratorio de Cuvier, residente, ahora, en la Confederación de Justo José de Urquiza.

Bravard atribuía los restos de mamíferos al traslado desde una formación continental vecina a estas formaciones, otorgando una edad miocena para los terrenos marinos de Paraná, intermediarios entre el grupo eoceno (representado por la fauna intrusiva paleoterciana, cuyo depósito original permanecía desconocido) y el estado inferior de la época pliocena (las margas de los depósitos pampeanos, de donde procedían los megaterios y congéneres).

Pero en la década de 1880, estos mamíferos de la parte inferior de las barrancas del Paraná dejaban de ser intrusivos y se empezaba a hablar del eoceno local: Florentino Ameghino definía un nuevo género similar a *Palaeotherium*, que llamaba *Scalabrinitherium Bravardi*, en homenaje al ingeniero francés y a Pedro Scalabrini, maestro italiano residente en Paraná, dueño de la colección que le per-

Como atestiguó la descendencia de Scalabrini y de Ortiz, los debates no se acabaron: el terreno argentino nunca dejaría de generar nuevas interpretaciones y controversias sobre su origen y evolución que, hasta el siglo XXI, continúan abiertas.

Susana V. García nació en La Plata, en 1970. Es Licenciada en Antropología y Doctora en Ciencias Naturales. Investigadora del CONICET en el Museo de La Plata. Publicó Enseñanza científica y cultura académica. La Universidad de La Plata y las Ciencias Naturales (1900-1930) (2010).

Irina Podgorny nació en Quilmes, en 1963. Es Licenciada en Antropología y Doctora en Ciencias Naturales. Investigadora del CONICET en el Museo de La Plata e investigadora invitada en el Instituto de Historia de la Ciencia Max Planck de Berlín. Publicó, entre otros, El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890 (2008) y El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la Prehistoria en la Argentina, 1850-1910 (2010).



Foto: Facundo de Zuñivra

sobre puntos distantes, más allá de los lugares puntuales por donde los naturalistas viajeros habían podido pasar.

Armar la historia geológica de un territorio todavía no explorado implicó reunir y conectar los paisajes actuales de la cordillera con las llanuras de las pampas, la Patagonia con la Mesopotamia, el Noroeste con las costas atlánticas. El presente mostraba diversidad y fragmentación de climas y de topografías:

del Paraná halladas también en los depósitos marinos que se extendían desde el Río Negro hasta San Julián, consideró las capas mesopotámicas como parte de esa formación patagónica, comparable con el eoceno de los terrenos terciarios del hemisferio septentrional. Bravard, con todo este instrumental teórico, sus observaciones de campo y sus colecciones de fósiles, hablaría de la época de los mares miocenos, cuando más de la mitad de la Amé-

mitió crear esta nueva entidad, surgida también de su colaboración con Toribio Ortiz. La evidencia, en el caso de Ameghino, ya no surgía de las observaciones en viaje, sino del trabajo con los objetos y datos recopilados por los naturalistas locales. Entre el mar y la tierra, entre el Sena y el Paraná, entre las colecciones y los depósitos naturales, la fauna fósil se americanizaba a la vez que las formaciones se envejecían y se hacían continentales.

una crónica de sucesos, una celebración, una declaración

≈ **Jorge Fandermole: "No se puede pensar poéticamente la hidrovía"**. Desde el inicio del género el vínculo entre el hombre y la zona —la costa, el monte— es el motivo predilecto de la canción litoraleña. Y de modo tan potente que su historia última está signada por los drásticos cambios ambientales que modifican paisaje, y modos de vida y sustento. Si debido al dragado y la depredación ya casi no hay olas ni pescadores, ¿a quién le cantará el poeta ribereño?, ¿a los deportes acuáticos?

intérprete rosarino, dio un pequeño concierto de cámara de intensidad creciente. Comenzó con "El diminuto Juan", una canción escrita por él y el Negro Aguirre acerca de Juan L. Ortiz que funcionó de manera retroactiva con la lectura de poemas que había hecho Daniel García Helder unos días atrás; siguió con "Yarará", que nos tocó todavía más de cerca porque así llamábamos a una de nuestras tripulantes, la fotógrafa Soledad Rodríguez, y terminó con dos canciones que instantáneamente se instituyeron en los himnos del barco. La primera de ellas, en ese momento titulada por Fandermole simplemente "Mascarón", estaba explícitamente dedicada a la expedición. "Coco Bedoya dijo que habría que buscarle un mascarón al barco —recuerda Fandermole—, y como habíamos estado viendo los mascarones que están en el museo Quinquela Martín de La Boca, la idea me quedó dando vueltas... El mascarón como figura mágica del barco terminó resultando en una canción donde el mascarón no es físico sino inmaterial porque lo material se destruye". Con "Mascarón" Fandermole se aventuró por primera vez en la chamarrita, género típico de Entre Ríos y de la costa uruguayo, que el "Chino" Martínez, secretario de Cultura de La Paz, cuando cantó varias para nosotros en las termas de ese pueblo entre-rriano suspendido en el tiempo, definió admirablemente como aquella música con ritmo de caballo al trote con las riendas sueltas.

"La chamarrita, según la versión de Pérez Bugallo, viene de las Azores y luego entra a Brasil, estuvo en Paraguay durante un tiempo y perdió popularidad. Pareciera que la chamarrita es un género de frontera, en el que se

Eugenio Monjeau

El Crucero Paraguay ofrecía varios lugares para realizar las actividades en conjunto que iban surgiendo conforme avanzábamos en la travesía. Podíamos, por ejemplo, juntarnos en el bar de cubierta, a la tarde, si no éramos tantos los convocados. Pero para reuniones del pleno expedicionario, como los convivios del mediodía, los debates o las exposiciones, las opciones eran dos: o bien nos encontrábamos en el living, al lado del comedor, mientras los mozos nos indicaban con miradas sugerentes que la comida nos esperaba, o bien bajábamos a la "narcosala".



6. VER FOTO DEL BAR DE LA CUBIERTA. → P10

7. VER FOTO DE FANDERMOLE TOCANDO. → P19



Foto: Facundo de Zuñiga

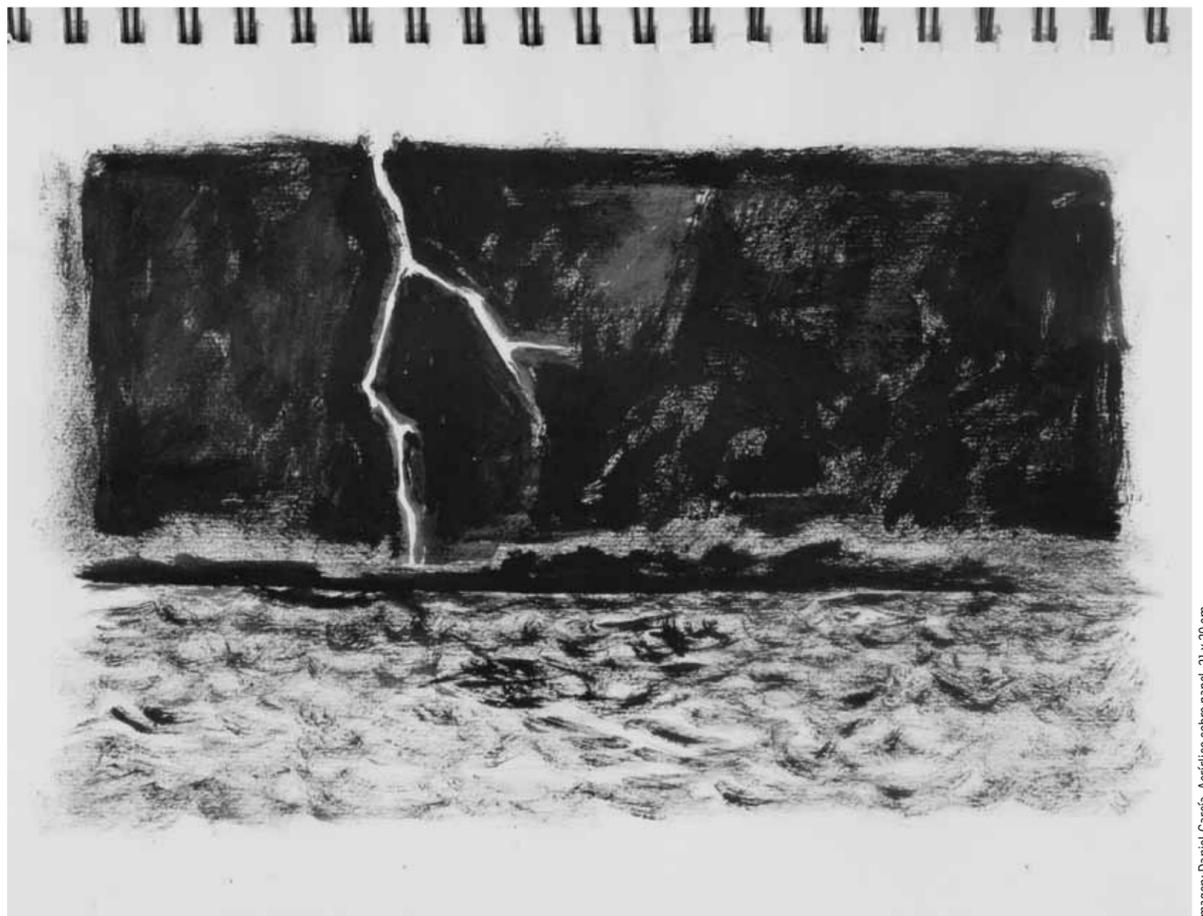


Imagen: Daniel García. Acrílico sobre papel, 21 x 29 cm

Unos meses atrás, había habido un derrame de gasoil en el lugar que oficiaba como disco, microcine y karaoke del barco, y el rastro del hidrocarburo había quedado impregnado en las paredes, el piso, los sillones.

Fue en la "narcosala", la noche del 18 de marzo, con el barco parado por una tormenta en algún punto del río entre La Paz y Goya, que la expedición Paraná Ra'anga recibió un tributo extraordinario. Jorge Fandermole, autor, compositor e

han desarrollado muchos temas relacionados con el contrabando, como en 'Camino de los quileros', 'La vallana', 'Aguardiente cariñoso'. En mi imaginario está vinculada a los límites", explica Fandermole cuando le preguntó por la elección del género. Algo tuvo el Crucero Paraguay de contrabandista (empezando por sus problemas con la Prefectura Naval Argentina). La idea de "contrabando espiritual" quizás sea cursi pero refleja un poco el espíritu de la expedición y, sobre

de amor al terruño...

todo, expresa la necesidad de que el mascarón del barco fuera inmaterial. Cuando me encontré con Fandermole en Rosario a comienzos de julio para charlar algunos de los temas de esta nota, me dio el título final de la canción: “Chamarrón de proa”.

Luego del “Chamarrón de proa” tuvo lugar aquella noche un pequeño milagro musical: Fandermole acompañó la voz de Mito Sequera, antropólogo y etnomusicólogo paraguayo, en “Cielito marangatú”, con letra de Dionisio Arzamendia y música del mismo Sequera. Quizás se haya tratado de una de las expresiones más depuradas de aquel objetivo primario de la expedición: fomentar la producción y el contacto entre los tripulantes. El cielito no fue escrito para la expedición, ni durante su transcurso, no habla de ríos ni de barcos, y aun así, por la experiencia misma de escuchar el dúo, se convirtió instantáneamente en otro himno expedicionario. La letra está íntegramente en guaraní, a diferencia de lo que ocurre con los chamamés argentinos, muchos de ellos en una mezcla de guaraní y castellano propia del habla correntina (llamada jopará, anota Lía Colombino, factótum paraguayo de la expedición). Entre eso y la manera en que Mito lo pronuncia, nos vimos todos expuestos a la plasticidad y poesía del idioma, especialmente Fandermole: “El guaraní está mucho más cercano, en cuanto a lo fónico, a mi gusto personal. Me interesa el sonido del guaraní, y me pareció que el viaje era una buena manera de acercarme él, por más que no aprendiera nada del idioma, por lo menos a través de alguna canción, como en este caso, que está íntegramente en guaraní. Porque el guaraní que tenemos nosotros es una mezcla”.

Con la tierra y con el agua

La figura de Jorge Fandermole me interesó especialmente durante la travesía porque, de los músicos de abordaje, era quien había desarrollado una obra con foco en la canción del Litoral y su evolución, y en relación con el chamamé y otros géneros asociados. La evolución de la canción litoraleña se da en dos sentidos: a partir de los cambios ambientales que ha venido experimentando la región

desde el nacimiento del género, y a través de la influencia que ejerció el Nuevo Cancionero y que motivó la aparición de formas más sofisticadas y metafóricas de expresión. El problema es entonces histórico y literario a la vez. —¿Cómo podrías reconstruir la constelación temática de la canción litoraleña?

El cancionero funciona como una crónica de sucesos, una celebración o una declaración de amor al terruño, a la tierra de uno. El monte, el río y el pueblo son el ambiente chamamecero, y las acciones tienen que ver con la labor rural, los trabajos justamente relacionados con el monte y el río. Los oficios más elementales, como el del pescador o el cosechero, constituyen un punto crítico, poéticamente muy denso, que es el del contacto directo con la tierra y con el agua. El repertorio refleja esto continuamente. Podemos empezar por “El mensú”, de 1956, de Ramón Ayala, “El cosechero”, “Carrero cachapepero”, “El jangadero”, etcétera.

—Decías en el barco que esas canciones, que en un momento fueron testimoniales, pasan a ser arqueológicas, porque hablan de un tipo de relación con el ambiente, de una clase de actividad que, al menos como principal forma productiva a nivel regional, se perdió.

—Las canciones van dando cuenta de la borradura, la transformación, la desaparición o el ocultamiento cifrados en sus poesías a la par que ocurren en el mundo. Fijate por ejemplo en “Entraña de árbol”, de Carlos Pino y Rafael Ielpi: “Yo soy nacido en Baranda, / un lugar muy olvidado; / se llevaron el tanino / y el pueblo se fue secando”. Con la deforestación desaparecieron el hachero, el jangadero, el cachapepero, oficios propios de formas de explotación maderera aún no mecanizada y con medios de transporte poco desarrollados. El oficio de pescador de río es otro que va camino de la desaparición debido a la depredación provocada por la pesca industrial y por las modificaciones sufridas en los ecosistemas fluviales por el represamiento, el dragado y la actividad industrial. “El cosechero” es totalmente histórico-arqueológico. Fijate que el tipo dice “de Corrientes vengo yo, Barranqueras ya se ve”, porque va en balsa, no estaba el puente... A mí me interesa eso, pero no por una cuestión melancólica o nostálgica,

sino porque tengo una idea de relación entre el ambiente y el hombre que tiene que ver más con una filiación que con una cuestión de propiedad. Yo creo que los sistemas pueden estar en equilibrio, yo creo en la sustentabilidad de esa relación.

—Pero, en el caso del Paraná, ¿no es utópico? —Yo prefiero tener una actitud activa con respecto a eso, no puedo pensar que soy un ente pasivo que ve como las cosas ocurren. Por eso me parece que desde lo que uno hace hay una actividad en relación con lo que uno piensa. Me parece que la canción de Coqui Ortiz, “Esta herida abierta sobre el mundo”, que para mí es como si la hubiese compuesto yo, es una manera activa de llamar la atención frente a un riesgo, cuando dice, por ejemplo: “Sentado a la orilla del silencio, / mirando el crepúsculo vacío”.

El chamamé que se eleva

—Tomando como punto de partida al Coqui, que suena distinto de todas las canciones que veníamos mencionando y del repertorio clásico de la región: ¿en qué medida podemos considerar el chamamé como una tradición abierta?

—El Coqui puede tocar al modo tradicional, y puede apartarse un poco, un poquito o mucho. Tiene que ver con el toque de la guitarra, con el fraseo. Los límites del chamamé no están ni normalizados ni homologados. Me parece que si hablás de chamamé dejás afuera un montón de cosas, todo el cancionero del Litoral. Está la polca, que la tenés que clasificar como otra cosa, la galo-pa, que es otra cosa, el rasguído doble, que ni siquiera está en tres tiempos, está en cuatro, el valseado queda afuera y la chamarrita queda afuera. ¿Por qué la canción “Ay soledad” de Chacho Muller es litoraleña y por qué no es chamamé? ¿Qué le falta a eso para ser chamamé? Hay una cuestión de interpretación, porque la misma canción hecha chamamecera es un chamamé, y suavizándole algunos rasgos, deja de serlo. Cuando la

sentantes de las regiones.

—El género tuvo un desarrollo instrumental muy fuerte.

—Los correntinos consideran el chamamé como patrimonio muy propio, por una razón muy evidente: los tipos más virtuosos son de ahí. Cuando se arman guitarreadas, cuando se arman juntadas, todo el repertorio chamamecero está fuertemente sostenido en el virtuosismo del acordeonista. Y a diferencia del jazz, aparece mucho la variación sobre el tema, mientras que en el jazz el tema se redibuja. Coqui dice que en realidad lo que pasa es que agarran un tema y después pueden estar tocando varios acordeonistas o bandoneonistas sobre el mismo tema, recreándolo con mucha habilidad, cosa que si no sos un buen instrumentista no podés hacer.

—La música también tiene algo de arqueológico, en el sentido de que ya no se escribe el chamamé a la manera de Montiel o de Cocomarola, sin embargo es el chamamé que más se toca.

—Sí, es el chamamé que más se toca. Hay una línea de la tradición que siempre va a seguir estando, porque se puede tocar. Tuvo un desarrollo instrumental muy fuerte, pero de todos modos la apertura es a partir de algunos tipos, a partir de Barboza, de Rudi y Nini Flores, que abren un poco el panorama armónico. Del mismo modo, “El chamamé que se eleva”, de Coqui Ortiz, no se puede tocar, tenés que aprender otro tipo de cosas, tenés que manejar otro tipo de detalles para abordarlo. Pero lo tradicional va a seguir estando porque en Corrientes está el festival de chamamé y todo eso, se trata de una industria cultural.

—Retomando la canción “Esta herida abierta sobre el mundo”, ¿tuviste algún acercamiento poético al tema de la destrucción, que testimonia este momento crítico?

—No todavía... Pero hay regiones que se modifican. La zona de Campo Rincón, que está cruzando el río Carcarañá, que desemboca en el Coronado, era una zona que se usaba antes para encerrar vacas. Toda esa área, que en su momento tuvo un monte natural, el

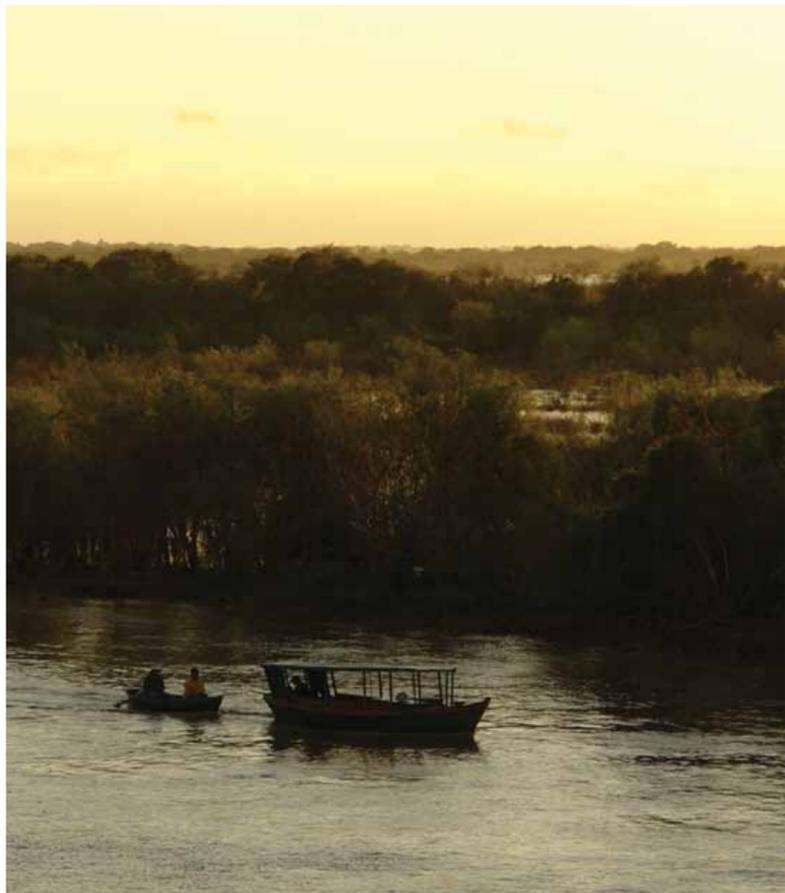


Foto: Facundo de Zuñiría

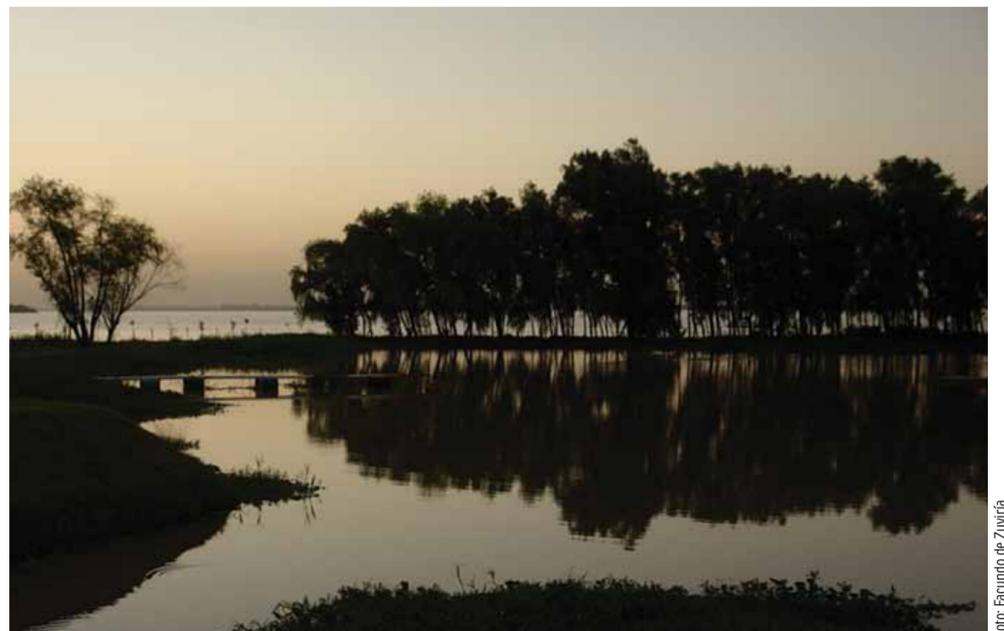


Foto: Facundo de Zuñiría

“Oración del remanso” está hecha por Liliana Herrero es una cosa y cuando está hecha por los Sheridan es otra. Habría que recorrer el Litoral y ver cuándo los rasgos dejan de configurar una especie y empiezan a configurar otra. Por ejemplo, el rasguído: no se rasguea del mismo modo en los chamameceros tradicionales que yéndose un poquito para abajo. Pero al mismo tiempo uno no puede hacer una generalización regional y decir que los del Chaco rasguean de una manera y los de Corrientes de otra, porque en realidad los que rasguean son individuos, no son repre-

último bosque prístino de Santa Fe, se decía, ya no existe más. Yo tengo una canción que se llama “Campo Rincón”, que forma parte de eso. Tiene que ver con que yo navegué toda esa zona desde que era chico hasta ahora, yo crecí ahí. Y son cosas que, aunque yo no las verifique en mi repertorio, las verifico en el repertorio de los demás. Por eso te mencionaba el tema del Coqui y la metáfora del río vacío, que se puede ampliar a la posibilidad de un río muerto. Esperemos que no, pero si el río ya no existe, si no hay más pescadores, ¿de qué vas a hablar?, ¿de deportes acuáticos?





cuando el universo desaparece, desaparece el lenguaje que lo menciona...

Los verdes en las islas

—Decís que creciste en Campo Rincón. Haber formado parte de la tripulación te debe haber tocado de manera personal.

—Mi interés principal en la expedición era viajar río arriba en el barco. Primero, porque, claro, la relación con el agua y con el río es una relación que mantengo de toda mi vida, y que tiene que ver con una cierta consustancialidad con lo acuático. Nací y crecí a la vera de los ríos, y he armado mi imaginario alrededor de eso. En segundo lugar, yo suponía que me iba a servir para conocer un poco más y para acercarme un poco a aquello que pasaba en las orillas en diferentes lugares y a ver cómo eso repercutía sobre cuestiones creativas futuras. Tenemos por ejemplo pensada con el Negro Aguirre una cantata sobre el agua y a mí me parecía que la expedición era un sustrato o un alimento interesante para trabajar sobre eso. Tomé muchos apuntes, tomé muchos datos. Me resonó mucha información que no tiene que ver con mi quehacer en particular, que no tiene que ver con lo musical ni con las canciones, que tiene que ver en todo caso con la relación que tienen los individuos y las comunidades con el medio. Eso es lo que quedó en evidencia por las discusiones y las conversaciones que se fueron generando dentro del barco; las cuestiones económicas y de producción a lo largo de la costa fueron tema de una discusión permanente. El tema del monte, el tema de la soja, el tema de la pesca...

—Cambiaron los tópicos. El testimonio que daba cuenta de la pérdida de los oficios ahora debe hablar de un cambio territorial a gran escala. Desde esta perspectiva testimonial, ¿se puede hablar poéticamente de algo como la hidrovía?, ¿cómo se le canta a un sistema en peligro o en franca destrucción?

—No se puede pensar poéticamente la hidrovía. Si una parte del mundo real desaparece o se deteriora, al mismo tiempo se empobrece. ¿Qué significaría que se empobrezca? Significaría dejar de tener los rasgos que tiene, adquirir otros en menor proporción, en menor

con el nombre específico del árbol. Cuando el universo desaparece, desaparece el lenguaje que lo menciona, y por eso digo que cuando se deteriora un sistema se deteriora paralelamente el universo simbólico que da cuenta de él. Desaparecen colores, desaparecen formas; es decir que la percepción se achica. Se deja de nombrar. La realidad misma pareciera que se va achicando. Esto tiende a la homogeneidad, a la homogeneización, a lo mismo que tienden los cultivos de la soja, a que todo sea un cultivo único, un monocultivo homogéneo.

Esto me trajo a la mente un episodio narrado por W. G. Sebald en su extraordinaria novela *Los anillos de Saturno*, que tiene la destrucción como centro de gravedad temático. Al relatar una tormenta que aniquiló todos los árboles que rodeaban su casa, Sebald dice: “El suelo del bosque, en el que en primavera crecían eléboros, violetas y anémonas entre los helechos y almohadones de musgo, estaba ahora cubierto de una capa de pesado barro. Sólo hierba pantanosa, cuyas semillas habrán estado en la profundidad quién sabe cuánto tiempo, salía a mechones de la tierra pronto completamente dura. La irradiación del sol, a la que ya no detenía nada, destrozó en un plazo brevísimo de tiempo toda la vegetación umbría del jardín, y con el tiempo la sensación de estar viviendo al borde de una estepa era cada vez mayor”.

Le refiero la historia a Fandermole y le pregunto si no piensa que la destrucción es un fenómeno inherente al mundo, más allá de que sea humana o natural.

—Lo que pasa es que, bueno, yo creo que la memoria homeostática de la naturaleza es más grande, es más grande que la de la economía capitalista, tiene unos cuantos años más. Los equilibrios naturales se restablecen con otra lógica. Uno dice que para qué tanto cuidar el medioambiente si un meteorito te puede destruir un hemisferio. Es cierto, pero ahora, por ejemplo, no hay más olas grandes en el río, por el dragado, ni siquiera durante las tormentas. Esto me lo dijo un tipo que navega el río a menudo.

Chamarrón de proa (Jorge Fandermole)

Me abriré en las grietas,
si me tallan en madera.
Me arderá la herrumbre,
si me pliegan en metal.
Que cualquier materia
que se toque y que se vea
poco ha de durar.
Pero si me buscan en tonadas marineras,
tal vez en el modo de pulsar,
haya una chamarra aguardentosa y trajinera,
duradera y blanda de cantar.
Llevo un son chamarritero
que cobija la ilusión
de que lo arranquen del sueño
y lo planten de mascarón
de un barco hecho del deseo
de quien lo viene a abordar
yendo a buscar qué quién sabe,
subiendo el río hacia atrás,
subiendo el Paraná,
subiendo el río hacia atrás,
subiendo el Paraná.
La chamarra que nunca
respeta las fronteras, don Aníbal, ¿no es así?,
hoy pide permiso
para regresar a tierra guaraní.
Y pretende, por temperamento y lejanía,
porque es de una estirpe de ultramar,
la amarren a proa, y empapada de alegría
le dejen el río navegar.



Foto: Facundo de Zuviará

cantidad, o por ejemplo, que baje la diversidad, tanto de la fauna como de la flora. Cuando desaparece el monte, no es que desaparece el monte, desaparecen especies y desaparecen por lo tanto las denominaciones. Hay un libro de Diana Bellessi que se llama *El jardín*. En la poesía de Bellessi hay mucha denominación específica de lo natural. Cuando nosotros veíamos los verdes en las islas, me hubiese gustado asociar cada uno

El autor nació en Buenos Aires en 1985. Estudia Filosofía y canta en el coro de la Compañía de las Luces de la misma ciudad.



Foto: Facundo de Zuviará

≈ **Los grandes embalsamientos.** Como todo megaproyecto, la construcción de una presa tiene repercusiones notables sobre el territorio y sus poblaciones, influye de modo irreversible sobre el ecosistema y modifica para siempre las idiosincrasias.

Santiago González Alonso y Miguel Aguiló

La posibilidad de que se construya una nueva presa en el curso medio-bajo del Paraná suscita dudas renovadas y viejas polémicas sobre la Central de Itaipú. Vuelve a hablarse del excesivo incremento de los costes de construcción y resurgen las viejas amenazas ambientales, todo ello aderezado con los inevitables ingredientes nacionalistas ligados siempre al gran río.

Parece buen momento para recordar algunos datos y conceptos esenciales que permitan una reflexión de cierto alcance sobre la energía y sus impactos ambientales. En un contexto internacional, dominado por la consideración del cambio climático, es sensato recordar las circunstancias que marcaron decisivamente el desarrollo energético, antes de discutir importantes opciones de futuro. Y también resulta imprescindible reflexionar sobre las grandes intervenciones en importantes recursos naturales. Máxime cuando esos grandes recursos están sujetos a fuertes presiones de uso, y existen muy diversas alternativas de actuación.

El panorama energético actual está formado por un sistema en red, con centrales térmicas de diferentes combustibles, centrales hidroeléctricas y eólicas de carácter renovable, y centrales nucleares. Paralelamente a todo ello, aunque a una escala mucho menor,

un coste fijo de inversión, bastante acotado y conocido, más uno variable de difícil predicción ligado al precio de los combustibles. Según las épocas, puede resultar interesante utilizar un tipo u otro de centrales por lo que es conveniente disponer de una oferta algo variada. Con ello se garantiza también el mantenimiento de suficientes capacidades tecnológicas para acometer nuevos desarrollos de cualquier tipo de energía sin incurrir en excesivos costes de aprendizaje.

De acuerdo con este marco, para el estudio de posibles sistemas productivos es necesario desarrollar una serie de alternativas que habría que examinar desde los puntos de vista de crecimiento de la demanda, alternativas de oferta, perspectivas de garantía del suministro de combustibles, protección del medio ambiente y riesgos de seguridad.

Planes y alternativas

Cualquier proyecto, incluidos los energéticos, debe ser formulado con arreglo a una metodología que incluya necesariamente el estudio de alternativas. Estas han de ser evaluadas según los tres criterios básicos de eficiencia (saldos netos positivos en cualquier circuns-

pero también de las vías de acceso, y de la cantera para la extracción de los materiales de la pantalla, y de las líneas de distribución de la energía eléctrica que pueda generarse, o de los regadíos que puedan usar el agua embalsada, etc. De ahí su carácter estratégico, a veces más cerca de los programas o planes que de los simples proyectos de menor entidad.

La inyección de potente tecnología que el hombre hoy puede utilizar, y que utiliza siempre en esos casos, ha agravado de forma preocupante la posibilidad de superar los umbrales de reversibilidad de los ecosistemas en un esquema de uso sostenible de los recursos naturales. Los grandes embalsamientos en los tramos medios y bajos de ríos caudalosos, como el resucitado proyecto de represa en el Paraná Medio, o la hidrovía del Paraná-Paraguay, son ejemplos de estos megaproyectos. Es inexcusable en estos casos una eficiente y adecuada evaluación ambiental previa de sus efectos y decidir, en función de ella, la factibilidad, el diseño y la operación de este tipo de actuaciones.

La evaluación clásica de proyectos tenía por objeto la búsqueda de la "mejor" solución, entendiendo por "mejor" aquella que optimizara conjuntamente la utilización de la mejor tecnología posible con los medios disponibles,



pero también de las vías de acceso, y de la cantera para la extracción de los materiales de la pantalla, y de las líneas de distribución de la energía eléctrica que pueda generarse, o de los regadíos que puedan usar el agua embalsada, etc. De ahí su carácter estratégico, a veces más cerca de los programas o planes que de los simples proyectos de menor entidad.

La EAE (Evaluación Ambiental Estratégica), SEA (*Strategic Environmental Assessment*) en inglés, es un proceso sistemático para evaluar las consecuencias ambientales de políticas, planes, programas y grandes proyectos, una herramienta para asegurar que las consideraciones ambientales se tengan en cuenta en las etapas más tempranas de la toma de decisiones, en igualdad con las consideraciones técnicas, económicas y sociales.

En este tipo de evaluación, es imprescindible comprender los mecanismos intervinientes en la génesis, desarrollo y manifestación de los efectos ambientales. Es esa comprensión funcional la que permitirá proponer las medidas correctoras, mitigadoras o compensatorias más adecuadas.

Es preciso analizar para responder a preguntas del tipo ¿se mejora la eficiencia energética global en relación con la situación preexistente?, ¿se limita la incidencia en el cambio climático?, ¿la contaminación atmosférica, acústica, lumínica, electromagnética, edáfica, es menor que la preexistente?, ¿existe congruencia con la cantidad, disponibilidad y calidad de los recursos hídricos superficiales y subterráneos?, ¿se reduce el consumo de agua por habitante?, ¿se fomenta adecuadamente la sustentabilidad respecto del uso de los recursos naturales y respecto de las condiciones socioeconómicas?, ¿se mantiene la diversidad, la viabilidad y la conectividad ecológica de los hábitats naturales?, ¿se protegen o mejoran los elementos estructuradores e identitarios de los paisajes? Y todo esto con el objeto de caracterizar los efectos indirectos,

Miguel Aguiló Alonso nació en Madrid en 1945. Es Doctor Ingeniero de Caminos, Catedrático de Arte y Estética de la Ingeniería de la Escuela de Ingenieros de Caminos de la Universidad Politécnica de Madrid y profesor del Colegio Libre de Eméritos. Dirige el proyecto "La construcción del paisaje americano".



Imagen: Félix Rodríguez

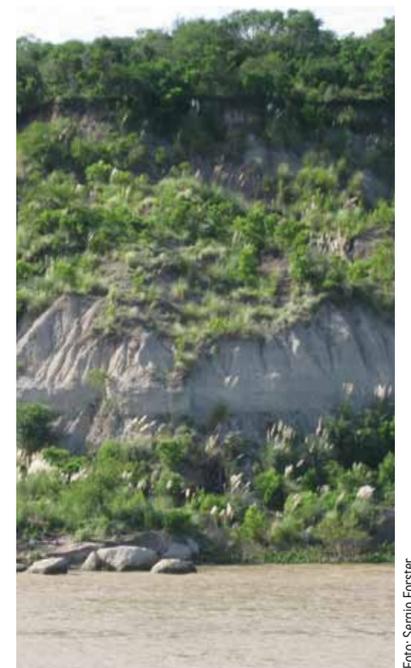


Foto: Sergio Forster

Santiago González Alonso nació en Arévalo en 1947. Es Doctor Ingeniero de Montes, Catedrático de Planificación y Proyectos de la Escuela de Ingenieros de Montes de la Universidad Politécnica de Madrid. Dirige el proyecto "La construcción del paisaje americano".

y escasamente significativa en cifras globales, se ha desarrollado la llamada energía distribuida o no concentrada, caracterizada por un consumo directamente ligado a la producción que no precisa de redes de transporte. Se trata de pequeños generadores eólicos, paneles solares, centrales de biomasa y turbinas mixtas de gas y petróleo que, cuando es posible, disponen de conexión a la red, tanto para cubrir vacíos de producción y puntas de consumo como para evacuar los excesos de energía producida a la red.

El incremento de centrales de combustión ha producido un exceso de anhídrido carbónico y otros gases en la atmósfera que, junto a las emisiones de los vehículos de transporte, han dado lugar al llamado efecto invernadero y al calentamiento global atmosférico, con importantes repercusiones sobre el clima.

Los costes de la energía se componen de

tancia), equidad (efectos bien distribuidos espacial y temporalmente) y sostenibilidad (teniendo en cuenta las futuras generaciones).

Los grandes proyectos, aludidos a veces como megaproyectos, tienen repercusiones muy notables sobre el territorio en el que se asientan y sobre sus poblaciones. Su carácter estratégico es muy grande: inducen actividades, provocan cambios poblacionales y del régimen de actividad a nivel comarcal o regional, influyen drásticamente sobre los ecosistemas. Por su causa pueden inundarse hábitats silvestres y ciudades, pueden construirse nuevas carreteras y puertos que generen una nueva accesibilidad, puede cambiarse el carácter y el significado del paisaje.

Un megaproyecto implica una sumatoria de necesarios proyectos complementarios, que no se realizarían si no se realizase aquél. Una presa supone la construcción del muro,

con la obtención de los mayores beneficios sociales y la mayor rentabilidad económica. En los años cincuenta del siglo XX comenzaron a hacerse patentes las carencias de esa evaluación clásica ante los graves efectos ambientales que las nuevas y ya muy impactantes tecnologías utilizadas causaban en el medio. Se hizo necesaria una nueva visión: la evaluación de proyectos debe tener en cuenta también la menor afección ambiental. A finales de los años sesenta del pasado siglo se empezaron a poner en práctica sistemas de evaluación del impacto ambiental. Por impactos ambientales se entienden los efectos que las actividades del hombre causan en el medio ambiente. Para su análisis es preciso estudiar cómo dichas actividades pueden afectar a los componentes de los ecosistemas y su funcionamiento. A una misma intensidad de actuación se causará un impacto de más gravedad allí donde la fragili-

acumulativos, inducidos, sinérgicos, colaterales, territoriales y a largo plazo que conllevarán las actuaciones, así como la estimación de su reversibilidad, de su recuperabilidad y del riesgo o probabilidad de ocurrencia de situaciones de excepcional gravedad.

Cuanto mayor es la capacidad tecnológica, mayor es la posibilidad de provocar cambios irreversibles y con mayor relevancia a escala global. Por ello, y teniendo en cuenta nuestra ignorancia actual y la complejidad de los procesos actuantes en la naturaleza, el principio de "precaución" debiera primar en las decisiones estratégicas: apostar por las soluciones más reversibles, no sea que debido a posibles consecuencias deficientemente evaluadas hoy, en el futuro haya que volverse atrás y tomar otra solución. Actuar de este modo parecería prudente y más responsable ante nuestros descendientes.



Expedición fluvial Paraná Ra'anga. El río y su relato. Un viaje

Marzo

8

Salida de Tigre, destino San Pedro. Llegada a San Pedro.

9

Salida de San Pedro, destino Rosario. Llegada a Rosario.

10

11

12

Salida de Rosario, destino Santa Fe.

13

14

Llegada a Santa Fe. Salida de Santa Fe, destino Paraná. Llegada a Paraná.

15

16

Salida de Paraná, destino La Paz.

17

Llegada a La Paz. Salida de La Paz, destino Corrientes.



Foto: Facundo de Zuviña





≈ Paraná análogo (tramo medio)

Salvo aves, ni gente ni bichos. Al principio deben apuntarse juncos, camalotes, canutillos, algas y helechos subacuáticos; inmediatamente después, en la parte más elevada de la costa, matorrales, árboles y arbustos; al fondo, montes; en el medio y por abajo, pajonales de todo tipo; en el medio y por arriba, praderas y bosques chatos. Todo en sucesión lentísima, contracorriente. Hasta que unas pocas vacas anuncian a los isleros, con sus corrales, huertas, embarcaderos y ranchadas.

toma larga, lenta, sin cortes,
por los versos

D. G. Helder

Mirábamos el río, las islas, el agua en constante movimiento, los distintos tonos de marrón y verde, el cielo sin cables ni carteles en toda su extensión, como una hoja en blanco, al reverso de un manuscrito tachado, borrado y reescrito cincuenta veces, hasta confundirse los niveles. El río reflejando el cielo y el sol, las islas formando de lejos un solo cordón verde oscuro. Por encima de la línea del horizonte, aire y fuego; por debajo, siguiendo el orden elemental, tierra y agua, dos o tres notas que se repetían, sin elevarse mucho, hasta el infinito, de un lado y del otro, en la tarde tensa y brillante de mediados de marzo, con ráfagas subrepticias de un aire algo más liviano, como indicios o del inminente cambio de estación, o de una tormenta eléctrica, que se anticipaba al pronóstico del servicio meteorológico online. Pero de repente, la anómala sensación de calma y bienestar, influida por esa monodía del río, las islas y el cielo, sin que pudiera percatarme en qué momento había empezado a ceder, estaba siendo desplazada por lo opuesto: un nerviosismo inexplicable, con su expresión somática situada debajo de la nuez, que fue en aumento hasta borrar el recuerdo de aquella melodía algo aérea que me tuvo encandilado un instante con el pretexto de la naturaleza. De la nada, para variar, se había formado en los meandros de tejido nervioso el pensamiento de la muerte. ¿Volverían los átomos a reunirse con aquellos que le fueron queridos? —era una pregunta que me hacía, mirando los bouquets de camalotes que giraban sobre sí

pifano podría arrojar locamente todo a una tierra elevada, melódica, de unívoco limo. Malestar de ensoñaciones sociales a plena luz del día, sin gente a la vista, con el paisaje postnatural de las islas del Paraná medio desplazándose de izquierda a derecha en una toma larga, lenta, sin cortes, subtítulo mentalmente por los versos utópicos de Ortiz y de Oliva. Como si la noche hubiera durado un siglo —un parpadeo, geológicamente hablando—, a la mañana siguiente se habían formado islotes nuevos al lado de las islas más grandes y antiguas, entre los islotes y las islas había isletas, y entre las isletas y los islotes islotitos, separados por hilos de agua en una construcción en abismo de distintos tonos de verde. Naturalmente, este archipiélago pergeñado durante una noche de mucho calor reducía considerablemente el ancho del canal, al punto que no pasaban dos barcos a la vez. Los trenes de chatas graneleras, containeras, petroleras, areneras, aceiteras, etc. que usaban la hidrovía tenían prioridad de paso cuando lo que venía de frente no era otro tren sino, dado el caso, una embarcación de turismo con capacidad para 54 pasajeros. El capitán o el práctico, fuera quien estuviera de guardia esa mañana, porque cada uno cumplía turnos rotativos de seis horas, debió varias veces recostarse contra las islas y detener la marcha hasta que pase un tren de carga, como un colectivo en un paso a nivel. Aprovechando las sucesivas detenciones, el capitán o el práctico debió redibujar ese tramo accidentado en su propio mapa del río, que poco se parece a las guías

trazos de lápiz. Siguiendo un orden de norte a sur, cada hoja del mapa del río corresponde al dibujo de un tramo de varios kilómetros, que debe ser corregido y aumentado constantemente en cada trayecto, de manera que el mapa no se atrase respecto al río, que nunca es el mismo. El trazo, algo infantil, contrasta con la precisión obsesiva en que aparecen consignadas las vueltas, las boyas y balizas con su respectivo número, los kilómetros, las profundidades, los pasos correntosos, las contracorrientes, los bancos de arena, las linternas, los radares, los nombres de las islas y de algunos campos adyacentes, los islotes con número, las barrancas, los tragaderos, la desembocadura de afluentes y riachos, los anemómetros, las fábricas y estancias de la costa, los muelles, el ingreso al canal de los puertos, las malas vías por mucha o poca agua, las radas, los fondeaderos y amarraderos, las grandes terminales portuarias, etc., etc.

Otra vez mirando el río, las islas, el cielo, ordenados en franjas como una bandera de tres colores. El sol quemaba. La atmósfera se seguía cargando de una tormenta potencial. Durante largo rato, aunque no largo trecho, porque la embarcación navegaba contracorriente a cinco o seis kilómetros por hora, no se veía gente en las islas ni en los campos que se extienden un escalón más abajo de la costa firme. Ni gente ni bichos, descontando las aves, tampoco signos de actividad, construcciones, enseres ni artefactos con el fin de procurar resguardo y alimento, ni siquiera restos carbonizados, huesos de animales

10. VER FOTO DE LOS CAMALOTES EN EL RÍO. → P19



Foto: Facundo de Zuñiga

mismos, arrastrados por la corriente parda. La angustia del amor, que otra vez me apretaba la garganta como si nunca más fuera a ser amado. El deseo de ver realizado en la tierra un estado ideal de justicia, en el que los seres se sirvan unos a otros en condiciones de perfecta igualdad. Ah, tropos de epifanía. Un

hidrográficas desplegables impresas a color con certificado de organismos oficiales. Tiene más bien el aspecto de una carpeta escolar, de dos anillas, con hojas sueltas, tamaño oficio, dentro de forros plásticos transparentes que protegen el papel del manoseo directo, impidiendo que las yemas de los dedos borren los

o una prenda abandonada. Imaginando una transecta, levemente desplazada por el lento corrimiento horizontal del punto de mira del observador, en primer lugar deben apuntarse juncos, camalotes, canutillos, algas y helechos subacuáticos; inmediatamente después, en la parte más elevada de la costa, matorra-

subtitulada mentalmente utópicos de Ortiz y de Oliva...

les, árboles y arbustos, lianas, trepadoras colgando de los armazones de copas secas que se inclinan más o menos en el mismo ángulo, acompasadamente a lo largo de años, hasta tocar el suelo; al fondo, cerrando el horizonte, frondosas estratificaciones de montes que de lejos parecen una sola masa boscosa de verde uniforme, velada por una atmósfera entre azulada y gris, como de agua que se evapora; en el medio, en las zonas más deprimidas y anegadizas, pajonales de todo tipo distribuidos en matas compactas, carrizales flotando en lenguas de agua playa, y en las zonas un poco levantadas, praderas herbáceas, bosques de especies achaparradas y más capas de vegetación superpuestas como en un palimpsesto. Hasta que unos pocos vacunos, dispersos, aplicando sus macizas dentaduras a las forrajeras silvestres que crecen en los bañados de las tierras bajas, anunciaron la presencia de pobladores, al tiempo que daban una idea de la escala en que debían desarrollarse sus actividades económicas de subsistencia. Aunque la expansión de la frontera agrícola haya deparado la sobrecarga de hacienda en las islas y los campos-islas, se entiende que el engorde de ganado, tanto para venta, al carnicero del pueblo por ejemplo o en ferias menores, como para ordeño, no es la única ni siquiera la principal actividad con que los isleros santafecinos, entrerrianos y correntinos se aseguran el sustento y, lo que es incluso más difícil, la permanencia en las islas. Seguro han de combinar la ganadería en pequeña escala con la pesca, la caza menor, mayormente furtiva, la cría de animales de corral, la horticultura y la recolección de frutos silvestres, miel, cera, leña, paja, plumas, huevos de tero, perdiz o tortuga. Poco tardó en aparecer un corral y un embarcadero de animales, hecho precariamente de palo a pique, en una parte barrancosa de la costa, más accesible a las chatas que transportan ganado de tierra firme. Doscientos, trescientos metros más adelante, siempre bordeando

Involuntariamente, mi percepción ordenaba las dependencias de la vivienda isleña como en un aviso inmobiliario. La ciudad, parafraseando a Kavafis, te sigue a todas partes. Pero esa descripción esquemática dejaba lo esencial entre signos de interrogación: quiénes habitarían la ranchada, cuántos entrarían por dormitorio y con qué criterio se repartirían las camas, cómo separarían un espacio de otro, si con paredes de caña o cortinas, en qué muebles guardarían la ropa, dónde pondrían las estampitas de los santos, las fotos de familiares y difuntos, cómo la pasarían sin electricidad, sin telecomunicaciones, sin asistencia médica ni enseñanza pública, dónde estarían en ese momento que no asomaba nadie, si estarían durmiendo la siesta, si los varones estarían pescando en una lancha con motor fuera de borda, o chuceando sábalos con la fija en los riachos, de pie sobre la canoa, si las mujeres habrían ido de visita a otra isla, o a buscar provisiones. La ranchada vacía de gente y de animales, al cuidado de sí misma, parecía una señal de mal agüero, pero se trataba sin duda de una interpretación errónea debido a mi experiencia de afuera, trasladada desde varios kilómetros al sur hasta las márgenes de ese centro básico de producción antrópica, y por extensión social, económica, cultural, etc. cuyo aspecto virtualmente primitivo o rudimentario no disminuía para nada su condición contemporánea, que podía documentarse fácilmente. Un empujón del diablo, bajo la forma de un arranque pseudoantropológico, y ya estaba pidiendo prestado un largavista. El que me lo prestó no tuvo inconveniente en apuntar, con letra imprenta, en mi cuaderno anillado de hojas cuadrículadas, los ítems que le fui dictando con la idea de que en algún momento podrían servirme de base para una buena descripción interpretativa de la vivienda del islero. Mientras dictaba me acordé de la foto de contratapa de la *Guía para la identifica-*

—dos ranchos, seguramente dormitorios; uno más grande, rectangular, a nivel del suelo, con paredes de varas y barro seco, palos externos clavados a presión, sin cavar cimientos; techo de paja en pendiente de unos 45°; abertura baja, puerta de cañas; dos ventanucos sin vidrio, con mosquitero; el otro de planta casi cuadrada, más chico, aparentemente de construcción más reciente; elevado un metro, menos de un metro, sobre pilotes de troncos de la zona, a razón de cuatro por lado; puerta de carpintería, sin ventanuco, al menos del lado que da al río; un poco —no mucho— ladeado; la creciente es enemiga de todo bienestar, pero sin agua no hay casa ni comida; lo mismo que proporciona la abundancia de recursos es el factor desencadenante de su escasez; —treinta pasos atrás del rancho grande, hacia el interior de la isla, una letrina, techo de chapa acanalada, abertura semicubierta por una cortina de tela negra muy descolorida; adentro se alcanzan a ver dos tablas cruzando lateralmente la boca del pozo, sobre las que han de hacer las necesidades parados o en cuclillas; afuera una vieja lata de aceite Patito de 5 litros, con manija de alambre, seguramente para acarrear agua; —equidistante de las piezas, un quincho para cocinar, sin revestimiento de paredes, con una mesa alta tipo mesada sobre la que hay una olla de tres patas, una sartén con tapadera, una cacerola de aluminio, una jarra, también de aluminio, un jarrito, una pava para el mate y otros enseres no reconocibles, todo en un mismo grado de ennegrecimiento por el humo, como la paja y el horcón que sostiene el esqueleto del techo; cuelgan bolsas de nylon de un travesaño; en un poste, de un clavo, unas tijeras grandes, de podar o esquivar; un hoyo en la tierra y arriba una parrilla triangular: el fogón; al lado un fardo de leña, como para dos días; tarro grande de dulce de batata, también quemado; tronco tumbado

—huerta de dos metros cuadrados, sin cerco; no alcanzo a identificar lo plantado; contra el tronco de un árbol, una escoba de fabricación casera, al lado una pala ancha, comprada; canasto redondo, de junco o similar, tejido a mano; caja de madera cuadrada, como las que llevan en las canoas para mantener fresco el pescado, y rebasando del interior un revoltijo indescifrable de elementos naturales provistos por la vegetación de las islas y materiales de origen industrial reciclados para nuevo uso; —los corrales desiertos, uno parece para ovejas, sin techo, y el otro un chiquero para chanchos, la mitad cubierto de paja, con un comedero o bebedero de madera, embarrado por fuera; tampoco se ven gallinas ni otras aves de corral, como si el sol hubiera mandado a ocultarse a todo ser vivo, excepto carpintero domesticado, echado al pie de un árbol, comiendo un pedazo de torta asada, o algo que se le aproxima.

Este poderoso instrumento, de marca japonesa, que me había permitido acercar, repetidas veces, al menos espacialmente, una lejanía dada, aumentando el tamaño de las imágenes hasta casi descomponerlas en sus fibras más sensibles, no era sin embargo de lo más sofisticado del instrumental que los pasajeros habíamos subido a bordo del crucero en bolsos, estuches y mochilas: teléfonos celulares, iPhones, blackberrys, notebooks, cámaras fotográficas analógicas y digitales, grabadores de audio, micrófonos, hidrófonos, binoculares, discmans, ipod y mp3, nintendos, guitarras y teclados, filmadoras digitales, proyectores de video, discos duros externos, pendrives, GPSs, un telescopio, etc., etc. Pertrechados de tecnología hasta los dientes, un atardecer los vi, en número de quince o más, apostados en la cubierta de proa como un pelotón de fusilamiento. Todavía restaba un tercio de sol y les daba de frente, resaltando la silueta del conjunto con un halo magen-



Foto: Facundo de Zuñiría

la isla, en un claro del albardón, finalmente apareció una ranchada, con excelente vista al río, compuesta por varias unidades funcionales separadas, a pocos pasos unas de otras, dispuestas en U, sin muelle ni vallado perimetral. Dos dormitorios de adobe, troncos y techo de paja, rectangulares, uno a nivel del suelo y otro elevado menos de un metro sobre pilotes. Baño aparte. Cocina tipo quincho, equipada con fogón y mesada. Horno de barro. Lugar de estar, con toldo. Huerta de 2 x 2 y varios corrales, unos con y otros sin techo, bajo sauces.

ción de las aves de Argentina y Uruguay, de Tito Narosky y Darío Yzurieta, en la que los ornitólogos aparecen juntos, uno llevando los binoculares al cuello, el otro sosteniendo una libreta, birome en mano. Y me acordé de otras figuras de trabajo en yunta, como la de los nutrieros o carpincheros, que se alternan en el uso de la escopeta y la linterna.

Transcribo, entonces, los apuntes del cuaderno, siguiendo el orden del dictado y siendo fiel a la sintaxis del momento, que tiene mucho de automatismo psíquico o asociación de ideas:

que podría ser un mortero; lo crudo y lo cocido, asar, hervir, freír, lo comprado en almacén y lo obtenido del agua y de la tierra; —horno de barro; al pie del horno, algo que probablemente sea un esqueleto torácico, de perro grande o de cordero; —lugar de estar, donde zurcir las redes, desenredarlas, emparchar los aparejos, tomar mate; toldo de lona entre dos árboles; asientos de patas recortadas, sin respaldo; una mesita ratona, amañada con listones y patas de palos; una canoa boca abajo, que debe servir de asiento, como si fuera el sillón del living;

ta y beige. Los de primera fila, rodilla en tierra, afirmando sus máquinas en el pasamano de la barandilla, apuntaban y disparaban a discreción contra el río, las islas, el cielo. Los de atrás, de pie, con tremendos cañones estabilizados en trípodes o al hombro, apuntaban y disparaban sobre los mismos blancos.

D.G.Helder nació en Rosario en 1961. Publicó Quince poemas, en colaboración con Rafael Bielsa (1988), El faro de Guereño (1990), El guadal (1994) y La vivienda del trabajador (2008).

nadie entra en la historia



≈ **Sin sotana y a estribor** El Pa'i Bartomeu Melià, una eminencia campechana que ostenta, entre otros títulos, el de Doctor en Ciencias Religiosas por la Universidad de Estraburgo, conversa con la misma gracia y soltura tanto de sus aventuras en la selva amazónica como en los archivos secretos del Vaticano. Su vida y sus libros indican las variaciones de un único objeto de estudio hecho pasión, erudición y denuncia: la cultura guaraní, el supremo elogio de su lengua.

María Moreno

Que recuerde, a lo largo de mi vida sólo me simpatizaron dos curas, uno de ficción, el Don Camilo de Giovanni Guareschi, y otro de verdad, Thomas Merton. De los cuentos de Don Camilo me gusta el de la virgen fea que él hace pasear en camión por un camino de ripios con la esperanza de que se haga pedazos; el de Emporio Pitachio, un niño que desafinaba en su coro y que había vuelto de Roma como tenor pero al que se le escapó un gallo delante de todo el pueblo —lo llamaban

Suzuki (en realidad era una sombrilla).

Cuando el Pa'i Bartomeu Melià —una eminencia campechana que ostenta, entre otros títulos, el de Doctor en Ciencias Religiosas por la Universidad de Estraburgo— apareció arrastrando su valija en la primera cubierta del Crucero Paraguay, sentí un miedo palurdo y culpable. Cuando lo entrevisté el miedo no desapareció pero como el padre conversa con gracia retórica, sabe mechar con soltura la aventura de

Papá, católico de cada domingo en misa y sin faltar, dueño de una fábrica de máquinas agrícolas e inventor de una que servía para pelar almendras, lo quería empresario pero no: se hizo jesuita.

Recordé que el maestro Nazareno Serraino, descendiente de Mariqueo, me había dicho que el ranquel, al ser una lengua ágrafa era difícil de reconstruir si los ancianos habían dejado de transmitirla para evitar que sus hijos fueran discriminados, pero la palabra

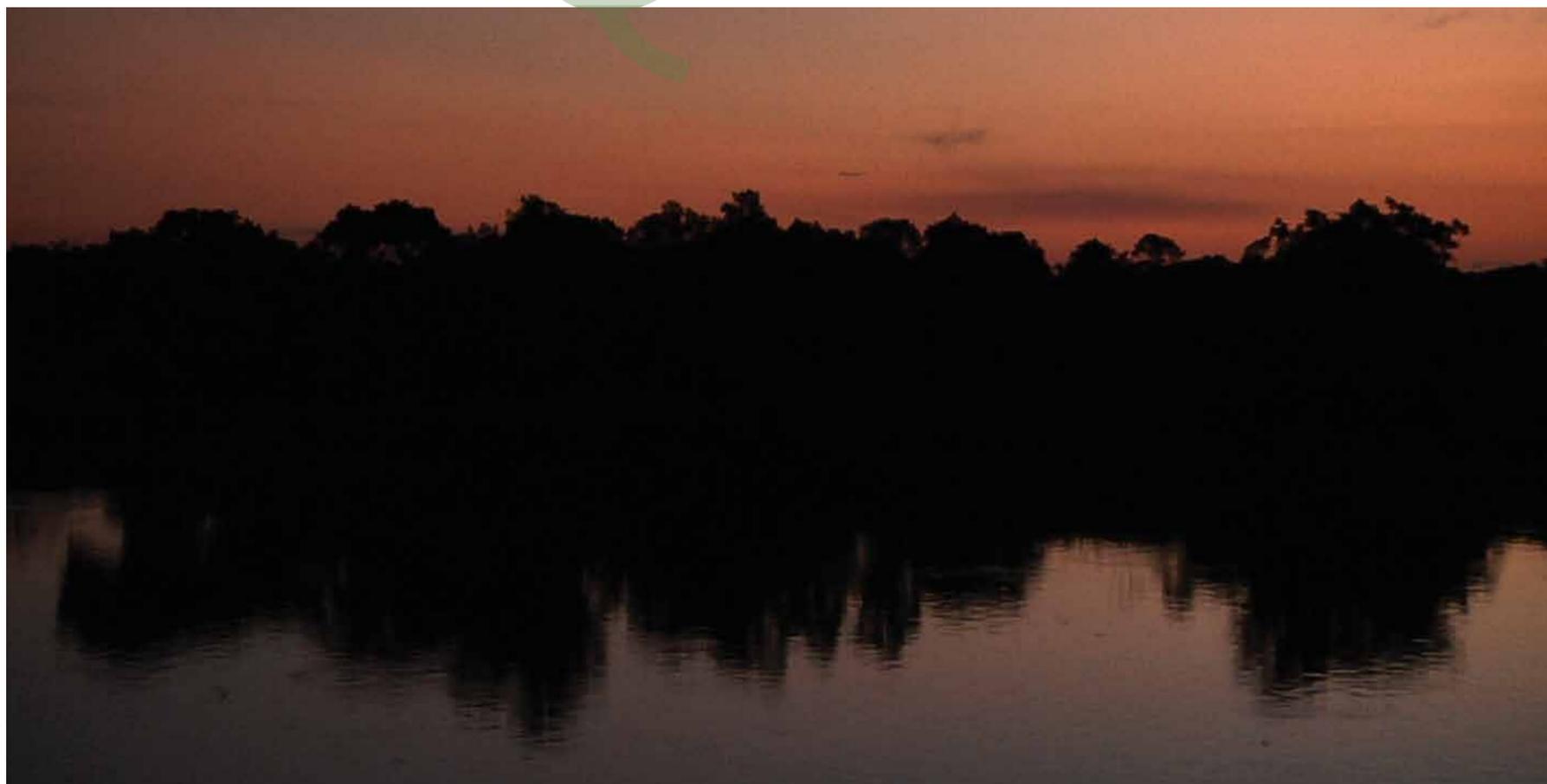


Foto: Laura Glusman

así porque el padre era dueño de un negocio de ramos generales, *Pitachio e hijo, emporio* decía el cartel—; el de centella dicho Cen, el perro compartido entre Don Camilo y Don Pepone, el alcalde comunista. Suelo releer *La lluvia y el rinoceronte* de Merton y me gusta imaginar su retiro de ermitaño bajo rayos y centellas mientras él acaricia el paraguas de

la selva con la de la lengua guaraní y tiene cientos de horas cátedra o conferencia en las universidades del mundo, me di cuenta que, aunque mis preguntas fueran idiotas, el texto valdría la pena.

Bartomeu Melià nació en Porreres, Mallorca, en 1932, hijo de Pau y María, y fue uno de los cuatro primeros bachilleres de su pueblo.

“ágrafa” no le gustó al Pa'i Melià.

—Todas las lenguas del mundo han sido ágrafas en algún momento y gracias a Dios yo creo que las lenguas se mantienen mejor cuando son ágrafas. En la circunstancia moderna la escritura fortalece la lengua pero una lengua está viva mientras se habla, no cuando se escribe. El latín, como usted sabe,

indígena del Río de la Plata, ni cómodamente ni impunemente...

es una lengua muerta cuando, en realidad, es una de las lenguas occidentales de la cual hay un cúmulo mayor de escritos de toda clase, no solamente eclesiásticos. Sin embargo esa lengua ha dejado de ser una lengua de comunicación y yo dudo de que en el Vaticano la hablen aunque oficialmente la mayoría de los documentos esté en latín.

—¿Cómo se aprende una lengua ágrafa?

—Haciendo uno el primer vocabulario como yo hice con el guaraní (risas). Porque *el libro hace que la vista nos haga oír la lengua*. En uno de los pueblos en donde viví me veían escribir y creían que era un ejercicio de adivinación, que yo podía ver lo que pasaba en otra parte o que sabía el futuro. Incluso, llegaron a pensar, cuando yo leí un libro en una lengua parecida a la de ellos —y ellos sabían que yo aún no conocía el guaraní—, que yo escuchaba el libro, entonces lo agarraron y se lo pusieron en la oreja pensando que el libro m e hablaba y en parte es cierto.

—Usted tuvo la ventaja de ser amigo de León Cadogan, el autor de *Ayvu Rapyta*.

—Que era una especie de Sócrates, no le daba la solución sino que la engañaba para que la encontrara usted misma. Con él hubo algo así como amor a primera vista. Tanto me tomó por su hijo que él, que tiene once y de tres mujeres diferentes, en su testamento ológrafo reconoce a todos pero me nombra heredero de su legado a mí, y sus hijos están encantados de ver que está en buenas manos. Y él que había orientado los trabajos de personas tan eminentes como el doctor Pierre Clastres, el de *La sociedad contra el Estado* y de la *Crónica de los indios guayaki*, y de Lucien Sebag, que después se suicidó, que era

La sonrisa del Pa'i Melià podría atribuirse a una suerte de benevolencia profesional si no estuviera atravesada por un candor y una alegría que sólo pueden venir de la felicidad. Hay que verlo como en esa foto que le sacó Pere Joan en donde chapotea en las aguas termales de La Paz como si estuviera en la Pelopincho del Edén o devorando sin dejar miga los tres platos del menú fijo del Crucero Paraguay mientras acepta con una leve reverencia la segunda copa de vino, donada por un abstemio sentado a su lado o escucharlo contar —tentado— que el padre Ruiz de Montoya sospechaba, durante un almuerzo entre guaraníes, que se había comido al monaguillo raptado el día anterior.

Muy poco catequista

Durante el viaje a Asunción —él subió en Paraná y se bajó en Goya— ateos por tradición *under* o anticlericales atemperados por la falta de contacto con el adversario, lo rehuían un poco a la hora de la comida: pronto se le animaron y comenzaron a interrogarlo, a menudo con un respeto exagerado o un asombro bobo como si él fuera un clon y no un cura.

El Pa'i Melià es un poco sordo pero quizás lo sea menos que pícaro. Se hizo repetir dos o tres veces la pregunta "Padre ¿y entre los mbyá hay relaciones homosexuales?" hasta que el que hacía la pregunta, mientras vociferaba, terminó por sonrojarse.

—Es un pecado mortal —dije descuidadamente una noche, codo a codo a la mesa con el Pa'i Melià, mientras alejaba mi porción de

a tal o cual aldea a contactar indígenas para que fueran a verlo. Entonces a este hijo le encargó también "Lleva al padre Melià a tal lugar". Ahí entré y me presenté con el cacique. El pueblo mbyá es el más hermético. Tuve la suerte de vivir con ellos porque yo siempre he vivido con los indios. Y ni siquiera me llevo una carpa, ni una colchoneta, suelo dormir en el suelo, encima de dos palmas de pindó con los pies junto al fuego porque en la selva hace bastante frío. Los mbyá vivían en viviendas de tapia francesa y techo de paja con una especie de galponcito donde simplemente estaba el fuego en el suelo. A la olla la ponían sobre una especie de trípode colgado o sobre unas piedras. Yo no me quedaba mucho tiempo, no solamente porque era profesor en la universidad sino porque estaba en una casa de familia. Porque usted no puede simplemente instalarse ahí para siempre. Los antropólogos, por ejemplo, son muy caraduras. "Vengo a visitarlos". "¿Y cuándo piensa irse?". "Ya veremos". "¿Y dónde va a dormir?". "En cualquier parte". "Ah, pero entonces usted puede dormir aquí". "¿Pero cómo? ¡No me va a hacer dormir en el suelo!". Y encima pasa un día, pasan dos, meses, y no se van. Yo lo máximo que me quedé en un lugar fueron quince días pero cambiando de casa.

—¿Grababa?

—Hice algunas grabaciones. Tenía un grabador UG pesadísimo, pero primero me fui con un Philips y algo salió. Un día me invitaron a ver las trampas y uno tocaba la flauta por el camino. Hice algunas fotos, no tantas para no incomodar y por las noches, cosa muy rara entre ellos —el mismo señor Cadogan no lo había logrado, en parte por la edad pero tam-

cantan con unos ritmos que se van volviendo cada vez más intensos y en el caso de los mbyá tienen una guitarra que suelen hacer ellos mismos pero cuyo ritmo es semejante al de una sonaja.

Silencio sosegado de mis libros

Era el año 54 en Paraguari. Bartomeu Melià, y otros tres curitas que no alcanzaban ni para hacer un equipo de fútbol subían y bajaban del cerro, andaban a caballo y el sábado enseñaban el catecismo. Pero la mayoría del tiempo no se los veía. Como no había luz eléctrica el Pa'i Melià se levantaba con el sol, instalaba libros y cuadernos junto a una ventana, y con las primeras sombras encendía el sol de noche —¿sería una lámpara Coleman en donde Merton solía hervir gachas?— y seguía estudiando un poco más. Así aprendió el guaraní. En la oscuridad, antes del sueño, todo era misas y rezos que son a prueba de tinieblas.

—El pueblo paraguayo es monolingüe guaraní y en aquel tiempo, mucho más. Era un pueblecito simpático. Todos andaban con su cigarro enorme que le llaman "po guazú" que significa "mano grande". Fumaban hasta las señoras. La mayoría andaba descalza. Y pasaba un vehículo cada muerte de obispo. En Paraguay decimos *cada muerte de obispo* porque sólo tres obispos murieron en Paraguay en todo el tiempo colonial.

—No me diga que la expresión "cada muerte de obispo" es paraguaya.

—Es que moría uno cada cien años, porque ellos se iban o eran destinados a otro lugar. Ya entonces me preguntaba ¿en qué sentido



Foto: Lia Colombino

amigo aunque no personal de Levi-Strauss porque no se habían visto nunca, y de Alfred Métraux que también se suicidó, me orientó a mí. Una vez un alumno me dijo ¿es verdad que los que trabajan con guaraníes o se vuelven borrachos o se suicidan?

—¿Es verdad que los que trabajan con guaraníes o se vuelven borrachos o se suicidan?

torta de manzana con crema.

—¿Una torta de manzana, un pecado mortal? Yo he hablado bajito pero me ha oído perfectamente.

—Uno de los hijos de Cadogan era madereiro y por lo tanto conocía muy bien el monte, entonces Cadogan, que ya no iba al monte en la época en que lo conocí, solía encargarle ir

bién por otras razones—, me aceptaron en sus rituales, en esa casa en donde prácticamente no entra nadie (opy). Será porque yo no tenía ninguna intención de nada y de hecho mi actitud fue muy poco antropológica y muy poco catequista. Se juntaban en esa casa sin ventanas y cantaban. No hay ningún misterio. A veces suelen hacer ritos de purificación,

puede decirse que fue transformada la lengua guaraní cuando los misioneros pretenden *hacer pasar un mensaje* con conceptos y con ideas que no son guaraníes?, ¿qué actitudes han tenido los misioneros en este proceso? Mi tesis fue *La creación de un lenguaje cristiano en las misiones de los guaraníes en Paraguay*.

Ahora mi pregunta es ¿qué lengua hablan

todos andaban con su cigarro enorme, le que significa “mano grande”



los indígenas actuales y que religión practican? porque en aquel tiempo y hasta ahora ellos tienen su religión ancestral. No han pasado por el catolicismo, sólo por algunas religiones fundamentalistas que, aparte de mi sentimiento de católico, están haciendo desastres, jesus sí que destrozan al pueblo! Pero no sólo me he interesado por la lengua. Cuando se presentara la ocasión, trato de ayudar a los guaraníes ante la sociedad paraguaya en donde son muy discriminados y cometen constantes injusticias contra ellos. La matanza de los aché guayaki, por ejemplo, empezó en el siglo XIX. Ya Cadogan la había denunciado. Son indios nómades y en términos culturales muy primitivos pero muy sabios. No tienen cerámica y para transportar el agua hacen una especie de cesta de mimbre y la impermeabilizan con cera. Ese es uno de los instrumentos sencillos que tienen junto con unos arcos altísimos. En el año 54 los campesinos paraguayos, con una actitud, no voy a decir que criminal porque la conciencia no era esa, perseguían y mataban a esos indios, ¡total, como no estaban bautizados! y las mujeres corrían para salvarse y dejaban los niños y hubo hasta un centenar —algunos dicen que trescientos, yo no sé si tantos— a los que las familias los llevaban como adoptados, pero en realidad, primero eran criaditos, luego esclavitos.

En 1907, había una niña guayaki en el hospital neuropsiquiátrico Melchor Romero de Buenos Aires. Había sido mucama de la familia Korn, uno de cuyos miembros, Alejandro, dirigía el hospital. Fue bautizada Damiana de acuerdo al santoral del 26 de septiembre. ¿Día

Hasta que su sexualidad libertaria de la mano de una pubertad rebelde fastidieron a la señora Korn quien, con la complicidad de su hijo, la hizo internar bajo el diagnóstico (uno de los preferidos por el cineasta Armando Bo) de “ninfómana”.

Analizada por el doctor R. Lehmann-Nitsche fue considerada *al borde de la humanidad*. En pleno auge de la literatura fetichista, y aunque la observada fuera una niña de catorce años, no es esa la razón por la que su pie perdió toda posibilidad de fetiche sino porque su condición de aborigen la convertía en eslabón perdido del mono. Si un patrón puede ser patón como su criado, el pie de quien ha sido diezmando para construir una civilización no permite ninguna ambigüedad. Bien lo dice Cambaceres en *Pot Pourri*: “las monas no tienen pies, tienen extremidades”. Y el doctor R. Lehmann-Nitsche describe, mejor dicho certifica, que esa niña es en todo diferente a la civilización:

“Las articulaciones fémoro-tibiales están dirigidas hacia adentro; por consiguiente, los bordes internos de los pies están completamente paralelos cuando la muchacha se para de una manera natural y descuidada y cuando no se fija en la posición de sus pies; en estas mismas circunstancias, los maléolos internos no se tocan; las extremidades posteriores representan, por consiguiente en algo, la forma de la letra x. Es interesante también que en los retratos de los indios guayaquíes reproducidos por Ten Kate y de la Hitte y el padre F.Vogt, se nota que los ejes longitudinales de los pies se han quedado casi paralelos y no divergen hacia adelante, carácter somático

eran capturados, el gobierno, pretendiendo protegerlos, comenzó a hacinarlos en unas colonias en donde llegó la gripe, la peste. En el 73 vino un antropólogo alemán, Mark Münzel, para hacer un estudio y el gobierno se lo permitió. Y entonces escribimos un libro con las crónicas de un italiano —un señor muy aventurero llamado Luigi Miraglia— que había sido testigo de dos capturas. El libro se llama *La agonía de los aché guayaki, historias y cantos*.

Luego de la devolución de los restos de Damiana a la comunidad aché, el 11 de junio de 2010, el Pa'i Melià escribió al sitio de Paraná Ra'anga: “Ayer estuve con ellos y con ellos lloramos. Es enorme la dignidad de ese pueblo aché, y su valentía y firmeza. No olvidan su historia de pueblo perseguido, amedrentado, asesinado, sus niños y niñas capturadas, vendidas, abusadas, en una historia repetida hasta la saciedad. Y pensar que era ‘subversivo’ denunciar estos actos de genocidio, que todavía ahora nos cuesta tanto admitir (...) Escuchamos los cantos fúnebres de un pueblo tan delicado en sus sentimientos. La lengua de uno de los aché, poco correcta en castellano —pero ¿a qué viene eso?—, nos hizo sentir la suprema poesía de la verdad sentida, de la justicia sin revancha, de una memoria de futuro que no termina. Nadie entra en la historia indígena del Río de la Plata, ni cómodamente ni impunemente. Y es mejor que así sea. Para mí es también memoria de una parte de mi vida que tomó otro rumbo gracias a los aché”. —Yo en el 72 era secretario ejecutivo del Departamento de Misiones de la Conferencia Episcopal. Mi superior era un obispo para-

el libro *La agonía de los aché guayaky...* y el tema llegó a ser portada del *Newsweek* con lo cual el mundo se enteró. En aquel tiempo estaba Jimmy Carter —ese sí se merecía el Nobel de la Paz— y el asunto fue tratado en una sesión entera del Congreso de EEUU y se tomaron represalias contra el Paraguay —se le hizo primero un aviso diplomático y luego unos cortes significativos en las ayudas— con lo que Stroessner quedó furioso. Entonces el gobierno del Paraguay hizo una reunión adonde invitó a misioneros en el sentido más tradicional para ver si eso que pasaba con los guayaki era genocidio o no era genocidio con este argumento de que no era voluntario ni era el gobierno quien lo hacía. Y mis colegas sacerdotes —yo no le atribuyo ninguna mala voluntad pero Stroessner estaba en aquel tiempo en el momento culminante de su poder y acompañado por fuerzas militares— luego de que yo presenté los papeles que probaban lo que era genocidio, al final de la discusión, firmaron una especie de declaración en donde se decía que no. No me hicieron firmar a mí el primero porque sabían que no lo haría, luego me hicieron firmar, yo no firmé.

—*Y en el 76 lo expulsan.*

—Fuimos diez los expulsados y cada uno por motivos diferentes. El gobierno quería que fueran nuestros superiores quienes nos sacaran. Y el mío decía “yo no tengo motivos para sacarlos”. De hecho cambió el Provincial, era uno que acababa de llegar de España y no entendía del todo la situación. Hubo uno que primero pasó por la cárcel, luego lo metieron en el avión, a otro lo metieron en el



Foto: Laura Glusman

de su nacimiento? No, día en que fue capturada en Sandoa (Villa Encarnación, Paraguay) luego de que un grupo de campesinos matara a su familia. En casa de los Korn aprendió español y alemán, y fue uno de los tantos sujetos piloto del gran plan de re-generación del 80.

bastante primitivo”.

Dos meses después de la observación, Damiana murió de tisis y su cráneo fue enviado a Sociedad Antropológica de Berlín. —El asesinato de aché guayaki llegó a tomar proporciones enormes porque cuando ellos

guayo, muy buena persona, que no acababa de entender eso de los indígenas pero cuando le presenté un documento de denuncia, me dijo “yo te apoyo”. El caso era grande. Había muchos asesinatos, muchas capturas, y a esto lo fuimos documentando. Publicamos

avión directamente, a otro lo hicieron pasar el río y lo enviaron a Clorinda sin un peso. Me acuerdo que era un párroco del interior al que habían agarrado en pleno campo, de zapatillas, camisa y pantalón y nada más. Y el policía que lo acompañaba le dio unos pesos para que

llaman “po guazú”

siguiera. Entonces yo era profesor en la universidad. Tenía cierta relevancia en el campo de la ciencia, era presidente del Centro de Estudios Antropológicos, secretario ejecutivo de la Conferencia Episcopal, no me podían echar así nomás. Pero Stroessner dijo “a ese de los indios no lo quiero ver más por aquí”. Entonces convencieron al Nuncio y el Nuncio habló al Provincial y a los obispos. Hasta que me dijeron “la circunstancia es tal así que te vas”. Entonces preparé tres baúles y me vine río abajo hasta Corrientes. Solito. Fue muy triste porque nadie más que un jesuita fue a despedirme.

Por la vuelta

Los títulos de las obras de Bartomeu Melià parecen las variaciones de un único objeto de estudio hecho pasión y erudición: *El guaraní conquistado y reducido*, *Elogio de la lengua guaraní*, *El Paraguay inventado*, *La lengua guaraní en el Paraguay colonial*, etc., etc., etc.

Estudió viajando: tres años en Francia, cuatro en España, uno en Austria, presentó su tesis en Estraburgo pero a veces el lugar común es de una precisión increíble: todos los caminos conducen a Roma

—Me enviaron luego de salir de Paraguay. Estaba como tren en vía muerta. Pero me iba cada día al Archivo Secreto Vaticano adonde pude entrar por recomendación de un jesuita catalán que había sido mi profesor, un hombre muy eminente. Pude tocar por primera vez toda la correspondencia que había en el Vaticano sobre la guerra del setenta que en aquellos años no estaba todavía desclasificada. Y en ese entonces el Vaticano no dejaba ver documentación de los últimos cien años. Fui el primero. En la guerra del 70, el mariscal López hizo matar al obispo y en Roma fue un escándalo que en una república católica mataran al único obispo del Paraguay. Y había mucho material.

—Una situación envidiable para cualquier archivista.

—Pero no va a creer que el Archivo Vaticano es muy lógico: hay que encontrar las mañas porque la documentación está como entrecruzada, es un laberinto, claro que no porque ellos lo quieran hacer así. Encontré la documentación que buscaba, incluso con el complemento dentro del Archivo que no es el Secreto pero que es mucho más secreto que es el Archivo de la Secretaría de Estado. Después la Universidad de San Pablo me invitó

rueda y sin vestido a pesar de que teníamos adornos de plumas, con casas sin puertas en donde se vive muy bien. Y fue simpatiquísimo porque fui adoptado como familiar y tenía mi padre Atayna, mi yerno Kawayri, esposo de mi sobrina-hija, mi nieto Anauriri, y hasta bisnietos. ¡Le dieron nietos y biznietos a un cura! Me agujerearon las orejas y yo andaba hecho un niño con estuche peniano y pintado. Nos bañábamos en cada arroyo porque los mosquitos y las termitas eran tormento y si uno tenía la mala suerte de querer liberarse de una abejita, por ejemplo, y matársela encima, quedaba la miel sobre la espalda. Cortaba mandioca y cortaba maíz, en donde no era experto. pero sí era experto en tocar la flauta y bailar. Teníamos rituales de 12 a 18 horas por día salvo si se tenía necesidad de ir al sanitario que era la selva. En ciclos que duraban dos meses. Y en el tiempo que estuve con ellos me pareció que cada día era un ritual diferente. Ellos solamente comían pescado y mandioca curada, porque tienen un procedimiento para curar la venenosa que tiene ácido cianhídrico y le mata a uno. Pero yo nunca la probé, aunque hubiera tenido sed no me hubiera atrevido a sacar líquido de una olla. Y nunca pregunté por qué cuando ellos ofrecen calabazas cortadas por la mitad con la chicha, primero bebe el que lo ofrece y después lo pasa.

—Parece estar describiendo el paraíso.

—Y lo era. Yo era el papa grande de todos porque fui nombrado superior de esa misión en la que había ocho pueblos indígenas. No fui un buen superior y llegó un momento en que un médico me dijo “usted es el arca de Noé, no hay bicho que pueda estar en el cuerpo humano que no esté en el suyo”. Tenía amebas, giardias, lombrices, ictericia, lo cual me dio una gran flaqueza. Entonces me enviaron al sur de Brasil y allí estuve ocho años y ahí retomé un poco la vida académica. Seguí yendo al Paraguay porque, aunque yo estaba expulsado hacía dos años, iba cuando me invitaba alguna embajada o la Universidad Católica a dar conferencias y eran conferencias que llenaban los salones: salía cada día en el periódico pero seguía estando afuera. En febrero de 1989 yo estaba en Brasil pero en la frontera con Paraguay. Me avisaron que mi padre estaba muy grave y como estaba tan cerca me fui en un avioncito de la frontera de Paraguay a Asunción y de ahí agarré el avión para España. Después, me volví por Asunción y en esa vuelta ¡cayó Stroessner! Yo llegué en el primer avión que aterrizó en Paraguay



Foto: Facundo de Zuviría

como profesor visitante. Y ahí tuve un alumno jesuita que me dijo “vos que sos antropólogo por qué no contactas a tal pueblo”: era en Mato Grosso y yo agarré viaje. Dejé todo que no era nada. Porque en Roma ¿qué hace un cura más si hasta en los conventos de monjas tienen a su disposición más de tres?

—Y volvió a los indios.

—A un pueblo salido de la prehistoria, el de los Enawené Nawé, de lengua arawak, en el río Camararé y Juruena, Mato Grosso, cuenca amazónica. Una sociedad sin dinero, sin

después de su caída. A las diez de la mañana. Luego de que me mostraran los agujeros de las balas en las paredes de la ciudad, asistí al discurso del nuevo presidente.

María Moreno nació en Buenos Aires. Es periodista, narradora y crítica cultural. Publicó entre otros *El affaire Skeffington (1992)*, *El petiso orejudo (1994)*, *A tontas y a locas (2001)*, *El fin del sexo y otras mentiras (2001)* y *Banco a la sombra (2007)*.

Becarios

Los cuentos del cielo

Pablo Vena, astrónomo

Ante la convocatoria de becarios del proyecto Paraná Ra'anga, me pareció interesante conjugar mi gusto por la astronomía y su enseñanza con alguna temática afín al río. Un poco aburrido de los ejemplos clásicos de constelaciones, o conocimiento antiguo de fenómenos, como solsticios y equinoccios, propuse como tópico de estudio las prácticas astronómicas de los pueblos originarios por su factible abordaje multidisciplinario, central en el perfil de la expedición, y su potencial como herramienta en la enseñanza de la astronomía a nivel secundario.

La incertidumbre previa a la subida al barco me tenía expectante sobre cómo se desarrollaría la experiencia, pero el encuentro con tan diversos especialistas me mantenía optimista. Una vez arriba, la ajustada agenda de la travesía dificultó la interacción directa con representantes de pueblos originarios e hizo que el trabajo tomara un rumbo más bibliográfico. Sin embargo, en una de nuestras primeras actividades, la visita al centro cultural El Obrador ubicado en la periferia rosarina, charlé con una integrante de la comunidad toba, que se desempeña como maestra sobre “los cuentos del cielo”, acerca de la situación de su cultura.

El lema “Construimos Cultura”, grabado en las bolsas confeccionadas a partir de materiales reciclados que recibimos como regalo luego de nuestra visita, refleja uno de los tantos objetivos del centro cultural: la inserción social de la población aledaña (en gran parte toba). Como contraparte, refleja las inquietudes plasmadas en uno de los primeros debates, ya en el barco, sobre la inconsistencia entre las artesanías expuestas, los “trajes típicos”, danza y música con los que fuimos recibidos, y la tradición toba. Es decir, se evidenciaba la erosión de la identidad toba, en parte producto de una disgregación surgida de procesos migratorios desde Chaco que, a su vez, son consecuencia de una situación económica apremiante, entre otros factores.

En este punto aparece la enseñanza de la astronomía, en tanto transmisión de su cosmogonía, como herramienta de lucha ante



Foto: Facundo de Zuviría

el proceso erosivo. En los sucesivos puerros, me fui enterando de que actualmente existen varios proyectos de recopilación de leyendas y cuentos sobre el cielo que apuntan a consolidar marcas de identidad. En otros casos, según Guillermo “Mito” Sequera, también hay proyectos de recuperación de lenguas en peligro de extinción e incluso de reincorporación a sus respectivas etnias.

Las charlas ofrecidas por Mito y por Bartomeu Melià, y sus aportes en todos los debates sobre las urgencias de los pueblos originarios, fueron sumamente enriquecedores por su vasta experiencia con varias etnias y su actual compromiso hacia ellas.

Al final del viaje me encontré con realidades que me resultaban ajenas, decenas de nuevos puntos de vista, varios contactos y unos cuantos kilos de bibliografía con los que espero poder transmitir a mis alumnos, desde la astronomía, no sólo la relación de los pueblos originarios con esta ciencia sino estos panoramas tan vigentes.

Entre todas las disciplinas convocadas a participar de la Expedición Paraná Ra'anga —astrofísica, artes visuales, etnolingüística, geografía, arquitectura y urbanismo, literatura, biología, música, historia del arte y de las ciencias, museología, demografía, fotografía, cocina, cine, ingeniería civil y ambiental— se realizó un concurso para becarios menores de 35 años. Fueron elegidos cinco, de la Argentina y del Paraguay, y estas son sus reflexiones sobre la tarea realizada.

Desde el agua

Agatha Bóveda Aguirre, bióloga

Nací y crecí en ciudades costaneras de dos de los tres ríos que abarcó la expedición Paraná Ra'anga: el Paraná y el Paraguay. Siento que soy testigo del cambio que sufre el paisaje ribereño con la intensa y extensa actividad humana. Mi proyecto inicial para la expedición fue el de evitar la descripción como cuadro para considerar una *ecología del paisaje*. En este caso se tiene en cuenta la interacción de los componentes y se los relaciona en base a patrones registrados en el trabajo. La idea fue observar el principal elemento transformador de los paisajes: la actividad humana.

En el curso del viaje me di cuenta de que, hasta el momento, mi punto de vista había estado siempre en tierra firme, desde allí perdía muchos detalles que sólo se perciben desde el agua.

El río me mostró un corte longitudinal que no habría podido obtener con imágenes satelitales o aéreas, utilizadas normalmente en los estudios científicos. En este corte "natural" del agua se registra la altura de la vegetación relacionada con el grado de erosión del suelo y la actividad humana a sus alrededores. Al observar, por ejemplo, un bosque de pinos y eucaliptos plantado en una zona turística, que no tenía soporte en el suelo y se desplomaba en el agua, pude comprender de manera concreta cómo el hombre se integra a su entorno en un solo sistema dinámico y evolutivo.

Toda actividad a orilla de los ríos tiene influencia directa sobre la calidad del agua, sobre su ciclo, sobre la vida. Aunque varias leyes intentan protegerlas, el problema radica en que la mayor actividad humana se asienta en estas áreas. Allí se arroja la mayor cantidad de desechos industriales y, como consecuencia, se modifican los paisajes y se reduce la vida silvestre que hace sostenible un ciclo hídrico saludable.



Foto: Félix Rodríguez

Durante la travesía, registré estos cambios antropogénicos de manera marcada y poderosa, pero además pude constatar otro elemento transformador específico de las costas ribereñas: la erosión. Este fenómeno, a pesar de ser conocido, es subestimado en su capacidad para modificar los paisajes. Sin embargo, su incidencia es tal que se podría afirmar que ambos factores, el antropogénico y la erosión, se potencian entre sí para transformar, de manera más acentuada y más acelerada, las costas de los ríos.

Vida de migrantes

Mariana Oeyen, demógrafa

Habiendo recorrido innumerables veces la distancia que va de Buenos Aires a Asunción y viceversa, tanto por las rutas tradicionales como por las no tanto, aparece tentadora la posibilidad de hacerlo una vez más por el camino de los ríos. No sólo debido al poco usual medio de transporte, sino como oportunidad para reflexionar y vivir el río como canal y separación al mismo tiempo: como frontera.

La curiosidad por el tema de la movilidad humana en el territorio, la diversidad de motivos que la generan y los infinitos trayectos que se cumplen, guiaron la elección del tema de investigación. Me presenté al proyecto Paraná Ra'anga con la idea de generar perfiles demográficos de migrantes en áreas de frontera —tema que vengo trabajando en el marco de mi tesis de maestría—, eligiendo para eso dos ciudades separadas por el río Paraguay (Formosa-Alberdi). La frontera, por sus propias características y condiciones, es un territorio de evidencias a la hora de pensar el proceso migratorio. Como lugar privilegiado de intercambios, a la vez porosa y rígida, deja entrever una variedad de dislocamientos posibles.

Me subí al barco movida por las ganas de romper con el análisis formal y abstracto del objeto de estudio (población) que propone la demografía, a la espera de que el encuentro con los habitantes y transeúntes del río abriese nuevas formas de mirar el problema. Los tiempos en la navegación cambiaron, se borraron los marcos, se evidenciaron nuevas fronteras. A medida que se cumplía, el viaje fue descubriendo en lugares y personas las innumerables variantes de un tema complejo como la migración.

Cartografía del chamamé

Eugenio Monjeau, musicólogo

Cuando me enteré de que se hacía la expedición Paraná Ra'anga, me vi en la urgencia de pensar un proyecto que me llevara a participar en el viaje. Advertí rápidamente que hacía varios años que venía recopilando y escuchando grabaciones históricas de chamamé y recordé la revelación descomunal que había constituido para mí una serie de conciertos de los hermanos correntinos Rudi y Nini Flores, a quienes traté personalmente en ese entonces. Finalmente Nini vino a conocer el Crucero Paraguay y a sus expedicionarios y luego armó un concierto para nosotros en un boliche correntino. Pero me estoy adelantando...

Al leer los fundamentos del proyecto de Graciela Silvestri, entendí que la idea no era que la expedición se estudiara a sí misma, sino que pudiera alumbrar nuevos caminos de reflexión artística, científica, filosófica, acerca del espacio que se atravesaría. El contacto entre dos mundos musicales, el del barco y el del Paraná, fue la base de mi plan. Y me sentí en una situación privilegiada al poder llevarlo a cabo. Quiero enumerar algunos hitos que atestiguan ese privilegio: cuando Jorge Fandermonle acompañó, en un arreglo suyo, a Mito Sequera, que cantó, con un hilo de voz, una versión extraordinariamente dulce e intimista de un cielito de su autoría. Cuando ensayamos la ópera de Oscar Edelstein en cubierta, al atardecer en medio del río.

Cuando di una modesta clase de historia del chamamé a un auditorio íntegramente sumergido en el agua del río Paraguay que llenaba la también modesta pileta del barco.

Pero la expedición también dejó un enorme territorio inexplorado a mi dispo-

La orilla culinaria

Emilio Nasser, cocinero y fotógrafo

Las figuras del río comenzaron en la imaginación y los sueños. Crónicas extranjeras y añejas. Experiencias importadas y propias. Geografías virtuales y reales. Sonidos industriales, naturales y mixtos.

Básicamente el objetivo inicial del proyecto para la expedición Paraná Ra'anga fue la recolección de datos sobre diversidad cultural/culinaria que se manifiesta en las orillas del río Paraná, utilizando la fotografía como herramienta de registro documental.

En un principio, cuando se acercaba el día de la partida, decidí enfrentar la expedición bajo la insignia de la ignorancia. Simplemente me situé en un punto de observación donde todo se revela en la novedad, la coincidencia y la repetición. Escuchar y observar fueron mis principales cometidos durante el viaje, tal vez luego preguntar.

Al poco tiempo de zarpar desde El Tigre y de haber tenido el primer contacto alimenticio en el histórico Puerto de Frutos de esa localidad, desde aquel principio en Buenos Aires hasta la llegada a la inagotable Asunción, todas las ideas se desplazaron en un vaivén suspendido: cuanto más avanzábamos, el rastro de la primigenia idea se deformaba y figuraba nuevamente, remontando un río con un sinfín de historias culinarias.

Ya no podía abarcar aquella gran y variadísima enciclopedia de cocina que había imaginado antes de zarpar, sino que, en el mismo azar del encuentro, el río me buscó y me acercó hacia los principales recolectores: los pescadores que espigan las ruinas que se esconden en el fondo del presente y la realidad de su mitología. La pesca irresponsable de dorados en la costanera de Rosario, el autoproclamado



Imagen: Félix Rodríguez. Sitios en aguataca

Esta experiencia me ayudó a pensar otra faceta en el estudio de las migraciones: la movilidad de la población como acto vital. No tomar en cuenta este aspecto en la investigación sobre migraciones o fronteras sería estar investigando a medias.

Después de un primer contacto en Formosa y Alberdi, decidí dar un nuevo rumbo al trabajo, asociando dimensiones afectivas y emocionales a la reflexión. A partir de un relevamiento de testimonios sobre experiencias migratorias de paraguayos o de migrantes de segunda generación radicados en Buenos Aires espero entender mejor la movilidad humana dentro de las trayectorias de vida de migrantes.

sición, muchos de cuyos rincones no pude más que divisar. Conocí a Pocho Roch, pero no lo entrevisté; me dieron el contacto del acordeonista de Cocomarola, pero no pude encontrarme con él; me invitaron al pueblo de Mburucuyá, la patria de los hermanos Flores, y no llegué a viajar. Todo eso es lo que quiero hacer ahora, para seguir trabajando en mi proyecto, y de una manera más precisa que cuando empecé a pensar en todo esto, en el momento en que subirme al barco era una ilusión. Mi objetivo es hacer una cartografía musical de la provincia de Corrientes. Ya conocí el mundo del barco; ahora quiero, cargando la etérea mochila de esa experiencia inolvidable y hasta inconcebible, adentrarme en el terrestre.

último palanquero de la localidad de La Paz en la provincia de Entre Ríos, las confesiones de los mayoneros en Corrientes y sus inverosímiles realidades, que relataron en una jornada de trabajo en la que pude participar, y así, las múltiples fugacidades de la superficie y el fuerte anhelo de volver, para profundizar aquella experiencia de reciprocidad.

A partir de aquel reconocimiento mutuo, fui descubriendo las vidas y muertes, que se alimentan en los márgenes de todos los ríos y de todas las historias que se ocultan en las altas barrancas sedimentadas.



1. "Un barco remontaría el río Paraná..."
Foto: Ignacio Giorgio



6. "...bar de cubierta..."
Foto: Pere Joan



6. "... los bouquets de camalotes que giraban sobre sí mismos, arrastrados por la corriente parda..."
Foto: Facundo de Zuviría



2. "Se eligió un único punto de cámara, en la proa del barco, y se fijó allí el trípode..."
Foto: Facundo de Zuviría



7. "Jorge Fandermole, autor, compositor e intérprete rosarino, dio un pequeño concierto de cámara de intensidad creciente..."
Foto: Andrés Loiseau Lazarte



7. "Los trenes de chatas graneleras, containeras, petroleras, areneras, aceiteras, etc. que usaban la hidrovía tenían prioridad de paso..."
Fotos: Andrés Loiseau Lazarte



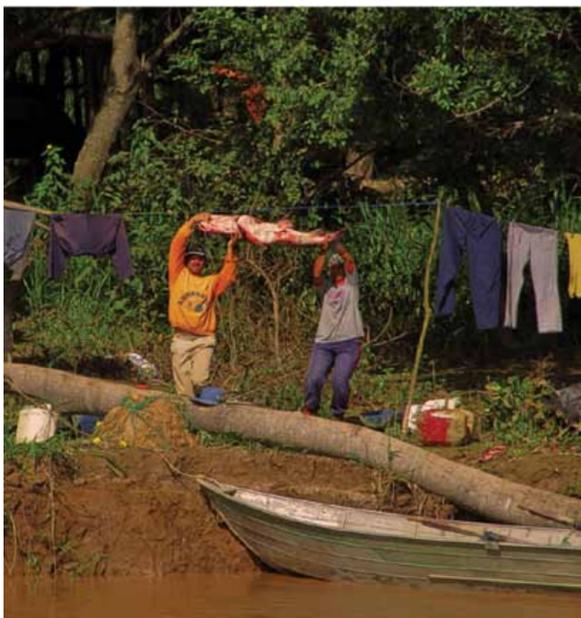
3. "... el cruce del Bermejo..."
Foto: Emilio Nasser



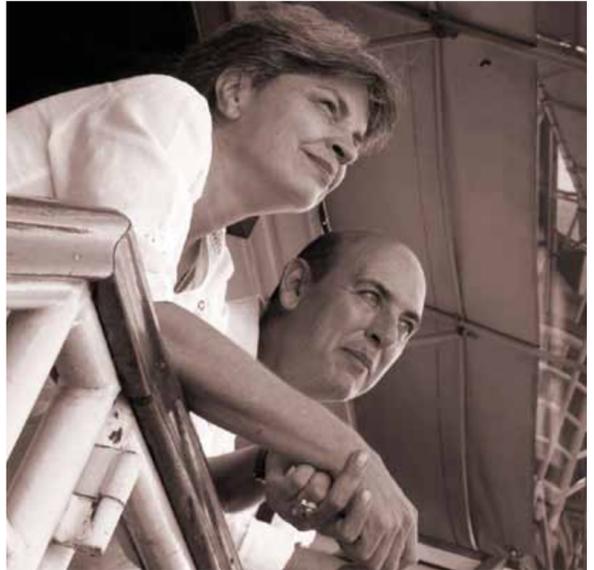
8. "Doscientos, trescientos metros más adelante, siempre bordeando la isla, en un claro del albardón, finalmente apareció una ranchada, con excelente vista al río, compuesta por varias unidades funcionales separadas..."
Foto: Andrés Loiseau Lazarte



4. "... izaba las dos banderas, la argentina y la paraguaya..."
Foto: Emilio Nasser



8. "... los trabajos justamente relacionados con el monte y el río."
Fotos: Andrés Loiseau Lazarte



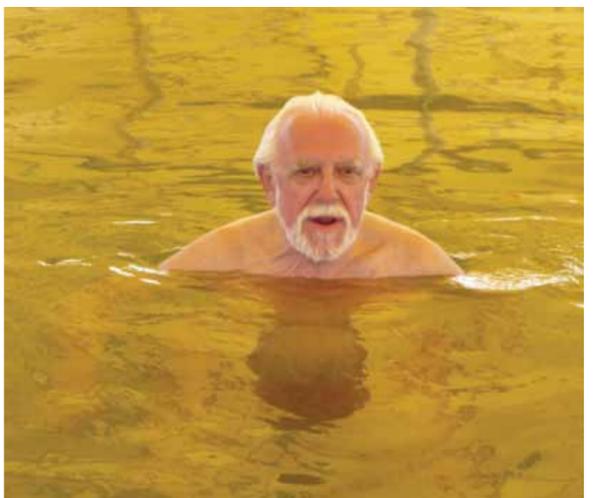
9. "... la primera cubierta del barco..."
Foto: Andrés Loiseau



5. "Para quien supiera mirarlas, las barrancas del río Paraná revelaban los secretos de los tiempos profundos americanos..."
Foto: Alejandro Gangui



9. "... los verdes en las islas"
Foto: Anna Subirats



10. "Hay que verlo (al Pa'i Melià) como en esa foto que le sacó Pere Joan en donde chapotea en las aguas termales de La Paz..."
Foto: Pere Joan



15. "...la hora de la comida..."
Foto: Alejandro Gangui



16. "... la visita al centro cultural El Obrador..."
Foto: Anna Subirats



17. "... la mayor actividad humana se sienta en estas áreas. Allí se arroja la mayor cantidad de desechos industriales."
Foto: Félix Rodríguez



18. "... cuando ensayamos la ópera de Oscar Edelstein en cubierta, al atardecer en medio del río..."
Foto: Facundo de Zuviría



19. "... un auditorio íntegramente sumergido en el agua del río Paraguay que llenaba la también modesta pileta del barco..."
Foto: Emilio Nasser



20. "Al poco tiempo de zarpar desde El Tigre y de haber tenido el primer contacto alimenticio en el histórico Puerto de Frutos de esa localidad..."
Foto: Emilio Nasser

La bitácora del director

Martín Prieto

Lunes 15 de marzo. Salimos nomás después de la medianoche: el Monumento a la Bandera, el CEC, el Parque de España, el Macro, la cancha de Rosario Central: una galería de imágenes de la vieja y de la nueva ciudad iban pasando lentamente, casi a paso de hombre y allá, lejos, tan lejos como una expectativa, el puente Rosario-Victoria. El viento norte, que sopló toda la noche, aminoraba la marcha del barco que en vez de correr, como pensábamos, a 6 kilómetros por hora, no superaba los 4 y medio. Al mediodía del sábado, y en tanto el viento no cedía y el barco, altísimo, parecía una enorme vela que embolsaba la persistente corriente de aire, ya sabíamos que era improbable que llegáramos a Santa Fe a primera hora de la mañana del domingo. Salvo por las actividades en tierra comprometidas y debido al fervor que generaba eso que Graham Greene llamó una vez "la sensación de viaje" a nadie le importaba tanto llegar como estar en movimiento. Al mediodía del sábado se hizo el primer "convivio": los proyectos se consolidan o mutan o se mezclan pero, como el barco, van. A la noche, Alejandro Gangui hizo, en cubierta, con las luces apagadas y para todos los expedicionarios y becarios, una especie de introducción al cielo, friso de devoción de científicos y poetas. A esa hora ya sabíamos que el cambio de viento previsto para la caída de la noche no había sucedido finalmente y que no llegaríamos a Santa Fe antes del mediodía. Cuando tomamos el canal de ingreso al puerto de Santa Fe y el barco, con el cambio de corriente, pasó, como un correccaminos, a andar a más de 12 kilómetros en la hora, los queridos santafecinos instalados en viviendas precarias y no tan precarias sobre el terraplén, nos recibieron con signos contradictorios. Mientras unos gritaban, al paso del barco, "rohajú", otros, en cambio, mandaban "¡paraguayos putos!"

Miércoles 24 de marzo. Después del mediodía una neblina cargada de agua difuminaba los contornos de las costas chaqueña y correntina y más tarde se largó a llover. Paréntesis para este poemita de Rafael Alberti sobre otro Paraná lluvioso: "Bruma y llovizna en el Sena/ ¿Pero porqué estos caballos/ mirándolo?// Puentes de París y orillas/ de álamos.// Por un Paraná de bruma// hoy vuelvo a Francia a caballo": el río extraño y lluvioso recuerda, melancólicamente, al río propio: la extrañeza remite a la intimidad. A nosotros, bajo la lluvia, este Paraná desconocido nos recuerda a como imaginamos que sería cuando decidimos embarcar para conocerlo: la imagen de la realidad se superpone, se monta encima de la de la imaginación y ese reconocimiento amoroso se manifiesta bajo la forma del éxtasis. Así, en ese estado, vamos siguiendo la costa chaqueña, el cartel blanco, casi invisible, que dice "Apeadero/ kilómetro 1682/ La Palometa", dos pescadores bajo el agua de la lluvia, sobre sus canoas, casi invisibles, cubiertos con capas amarillas.

Lunes 5 de abril. A la mañana del lunes 29, muy temprano, el barco, que había estado parado varias horas, se pone otra vez en movimiento y muy lentamente se va dibujando a estribor el perfil de Nuestra Señora Santa María de la Asunción, madre de ciudades. Una barranca alta, roja, cruzada de basurales que parecen suspendidos entre la tierra y el agua. Los locales van, paulatinamente, reconociendo allá la casa que se construyó el catalán dueño del astillero ("¡qué hermosa!", dice Milda), allá el estadio, allá las dos torres que, allá la bandera, una pintelada azul y otra roja en el medio de un cielo que y los gallos, cómo cantaban los gallos esa mañana y aun así no lograron despertarnos del sueño extraordinario que significaba para todos nosotros llegar finalmente a Asunción del Paraguay.

—Transatlántico.

Periódico de arte, cultura y desarrollo del Centro Cultural Parque de España / AECID, Sarmiento y río Paraná, (2000) Rosario, Provincia de Santa Fe, Argentina.
Teléfonos: (+54 341) 4260941 y 4402724
Correo electrónico: t@ccpe.org.ar
Sitio web: www.ccpe.org.ar

Consejo editorial: Martín Prieto, Pedro Cantini, Cecilia Vallina, Nora Avaro.
Lectura final y corrección: Gastón D. Bozzano.
Secretaría de redacción: Nora Avaro.
Diseño: Pablo Cosgaya, Marcela Romero.
Impresión: Cooperativa Gráfica Patricios.

CCEBA Centro Cultural de España en Buenos Aires



ccejs Centro Cultural de España Juan de Salazar

MR MUNICIPALIDAD DE ROSARIO



CCPE @ AECID Centro Cultural Parque de España

UNA CRÓNICA DE PERE JOAN

LOS EXPEDICIONISTAS del RÍO del mundo

UNA EXPEDICIÓN REMONTA EL PARANÁ

A PESAR DEL BARCO DE MARK TWAIN Y SU COLECCIÓN DE SOMBREROS LOS EXPEDICIONISTAS SON GENTE NORMAL

¿EL MISSISIPÍ ACA?

NAVEGANDO A 6 KM/HORA CASI NO PASA NADA... Y SI PASA SE LE SALUDA.

HOP HOP HOP

HOLA Y ADIÓS, CAMALOTE

HOLA Y ADIÓS

POR ESO UN HUMORISTA INVENTA FRASES Y EMOCIONES.

¡EL CAPITÁN HA DECIDIDO QUE VAMOS A MORIR ACA!

SI NO SOY DE LOS MÍOS COMO SER DE LOS TUYOS...

DE NOCHE SE MIRAN LAS ESTRELLAS

Y PARA VER LAS FIGURAS DE LAS CONSTELACIONES HAY QUE HACER EXTRAÑAS CONTORSIONES

PORQUE LOS NOMBRES SE PUSIERON EN EL HEMISFERIO NORTE

Y QUIEN PONE NOMBRE A LAS COSAS ES QUIEN TIENE EL PODER.

PERO EN EL BARCO SE IMAGINA LA POSIBILIDAD DE UN PAÍS FLOTANTE:

PARANARAANGALANDIA

LA BANDERA NO TENDRÁ LA ESTRIDENCIA DE LOS COLORES HABITUALES, SINO EL COLOR MARRÓN DEL BARRO.

Y SI, DIRECTAMENTE, FUERA DE BARRO?

COMO EL BARRO SE DESHACE Y LUEGO SE MOLDEA DE MIL FORMAS.

Y ESAS SON ALGUNAS DE LAS 3737 COSAS QUE SE PIENSAN EN LAS EXPEDICIONES

Versión de Pere Joan sobre la historieta Los aventureros del río del mundo de Max Gachimba